Cuentráficos

Deluxe

Edición décimo aniversario
con traducciones al alemán,
chino, francés e inglés

Cristina Rascón

IBEROAMÉRICA
EBOOKS

Cuentráficos Deluxe

Cristina Rascón

Sinopsis

“Cristina Rascón Castro desarrolla una serie de giniagramas sorprendentes en el universo de las letras. Crea un discurso desenfadado y oscilante que se adapta a todas las intenciones: las buenas, las malas y las inconfesables. Con oficio, desliza sus historias fantásticas a la par que las realistas. Cuentráficos es un libro para placeres finos y perversos. Para desdoblar sueños diferentes y provocadores. Para advertir que las astillas del día son parte de nosotros, y qué alegría que sea una joven inquieta la que nos lo diga.” Élmer Mendoza.

"El paso de los años ha producido en estos cuentos el efecto propio del vino. Un vino de esos que al atravesarte la garganta deja su estela ácida y penetrante, inolvidable. Un vino del siglo XXI, hecho en México con espíritu cosmopolita." Israel Pintor.

Cuentráficos Deluxe

Cristina Rascón

Edición décimo aniversario con textos en alemán, chino, francés e inglés

Índice

Autotexgráfico
Personajitos
Los que nos juegan
Se venden historias
Libitum
Violencia intrafamiliar
Inoculado
Feiry Leidy
Diatriba a mi rostro fragmentado...
La Visita

Textos en otros idiomas:

Diatribe to my fragmented...
当我即将把水晶球攥入手心时，它却映出了我那张扭曲的脸
The Visit
La Visite
Geschichten zu verkaufen
Histories a vendre
故事出售

Autotexgráfico

Había prometido quién sabe cuántas estructuras y finales, había borrado esto y aquello, lacerando su estable parrafografía. El texto no respondió. Le explicó que de esa forma funcionaría mejor y él sonrió muy a fuerzas, nervioso. Ella se afligió más al adivinarlo tan confundido, tan en shock, tan a medias.

El relato opina que no hay razón para estar triste, que a ése alguien escribiéndole hay que decirle qué oración duele. La joven le explica que ella no funciona de esa manera, que a ella nadie la está escribiendo. El texto frena la música, tira el café, verticaliza su furia y encaja cada letra en los ojos estirados de la mujer.

—Antiaxiocreatura, plasma alotextual! Escupe y gira, dejándole frente a su tornapágina en blanco.

A la joven se le enreda un escalofrío en la autoestima. Novelas, cuentos, diccionarios, el teléfono cortado, variedades de café y un texto a la mitad. Me siento sola, dice a. Nadie le ha preguntado el por qué de su tristeza, nadie está ahí para escuchar sino la noche, con sus grillos y sus horas gigantes. La casa respira tranquila, sin más posibilidad de ruido que el de la computadora, el teclado, los pasos de la mujer, el agua cayendo en la taza y sorber.

Acaso el texto ni sea en verdad un amigo, ni siquiera le aprecie. Me está utilizando, piensa. El no puede ser sin ella. O sí... En su dimensión meta-pantalla, flotando como alma transmigratoria... ¿Será posible que un texto sea una escultura latente dentro de un trozo de papel, cantando como sirena cuál es el camino que debe seguir la palabra?... Y ella... ¿Podría ser sin él? Ah, claro que podría. Pero, qué se hace si no cuentos y poemas...

El texto insiste (algo agitado) que para curar esa tristeza hay que borrarle algo, agrandar la letra, escribir de nuevo el inicio, ésas cosas. La mujer sonríe. El inicio, si fuera posible reescribir el inicio de una persona...; la letra, ¿Será que es más feliz un escrito si se le agranda la fuente y de ahí la sugerencia?; y... Ah, cómo quisiera

borrar unos párrafos de recuerdos, si fuera ella un escrito, claro, pero qué cosas piensa, piensa. Tamborileando papeles, lápiz y pluma sonríe. Después de todo, ese cuento incompleto -¡Incaminable!-, cree ver el punto de fuga que escapa a su perspectiva. No hay manera, la joven revisa hojas y pantalla, no encuentra forma de avanzar, no hay cómo desenredar las palabras y llegar al final con expensive language que le prometió.

Tres de la mañana, neuralgia cerebral. La joven ansía que el maldito cuento se duerma y le deje en paz. Tal vez pueda iniciar otro mañana, tras un reset en la conciencia. Sí, empezar otro, eso será lo mejor. Otro, otro, así van tantas noches abriendo historias que no cierran en la madrugada. Hasta cuándo iba a finalizar uno de sus textos, hasta cuándo el final llegaría para regalarle el génesis del oficio. Desde niña soñaba con el día en que sostendría entre sus manos un pesado paquete de hojas, una novela, un libro de cuentos, no lo sabía bien, pero todo era su letra y se veía firmar en la última página.

Acaricia al texto como se acaricia a un gato. El felino manojo de párrafos eriza palabras en un grito:

—Coproterato, ¡Maquia! ¡Maquia! An-fo-ma-quia. No medietatem.

Debe tener miedo de ser un cuento incompleto, piensa la joven.

El textum duda entre desechar a la escribiente non-pesquis o grafologiarla hasta que supramute al término de escritora. Le ha dicho que está triste, que no quiere continuar. Y a él qué le importa si está triste. Maquia, maquia, sesquimaquia. Es más, se dice el texto, macroalgiar su queja, disección de la antropotristeza.

El cuento expulsa una serie de preguntas, de su familia, de la infancia, de los amigos que ya no visitan, de amores truncados y de la soledad, temblando ahí, frente a la página. Roer el ginioego como rata escarbando una alcantarilla: trogotrogotrogo. El corazón de la joven se remueve como una almeja bajo gotas de limón, espasmódico ritmo donde el pasado pesa, el presente pesa, los subjuntivos pesan, el futuro no existe, recuerdoastenia. Ya párale, sentencia la hemiescritora.

El texto conoce el nemoaterrizaje. Adivina qué episodio, qué archivo se abre detrás de la mirada suspendida en el teclado. De pronto las manos ya no están hechas a la medida de la pluma, ni los dedos atinan la letra que busca, la joven braditeclea, rehusándose a leer los archivos que el exo-bisturí desmiembra. Cosquillear en la sangre. Siente las piernas como pegadas al suelo, más pesadas que la losa de un idioma natural. El corazón patea como embrio enojado.

—Metiche, deja de escarbar mis párrafos sin permiso, son pri-va-dos. (¿Buscaba ella más párrafos de los que él mostraba?)

—Sic, sic, sic. ¡Dialifasia! ¡Hurgas con dinodinamia!

Era verdad, hasta hace unas horas era ella la que destajaba y reacomodaba los enunciados en la pantalla. La tristeza llegó a posteriori, cuando los recuerdos y el silencio del cuarto le sofocaron.

Es entonces, mientras teclea una historia más descifrable que la de su vida, que se descubre llena de pasajes como venas, llena de un tráfico acelerado de historias y de linguas. Es en la pantalla que la tristeza ectofrena. Ahí que el ser explota sin ataduras. El texto grita y gesticula. Pero ella objeta auricular. Por un momento le parece un personaje de película muda. Deja de hacer preguntas, déjame pensar en lo que sigue, en lo que sigue.

Eugenésica filia, dice el textum con una sonrisa. La noche azulea, los automóviles despiertan. La joven regresa a podar el follaje de palabras y con los dedos a pulsar esfígmica la historia otra, la que no es de ella y sin embargo es, la que está en el papel y no en la disección de su isoledad.

El cuento telescopia los dedos que se mueven sobre su cuerpo como quien dentro de un quirófano observa el área anestesiada. La joven retoca la grafomasa, corrige acentuación, fasias, puntos y aparte. Eu, exo, caco, estrofo, rumia el texto entre risitas. Ella escribe borra escribe. El textum le bradiacaricia paternal, como si fuera una felina. La giniagrama se lo permite y ondea la dermis. Continúa con su dialicorte de

frases largas y densiformes. Borra escribe borra.

El cardiomúsculo se estira como una bola de papel que se liberta de la catalfombra. Hay gramas que no planeó a priori de grafiar; dicotomías, tan cigosólidas como la portada de un biblio caro; antistiquios, labrados en grafa 10.5; y seudoecuaciones con extrasemios.

Foto heliosideral. El cuento se autoscopia develado. Posorquestarla, optonea la ex plasma nemoestésica. Anti-odomancia. Supragrama ha coplado el astroducto, panmelo generó la paquicracia. Sal de la impresora, ginialocua. Tociafilia, tococarpio. Supragrama yuxtaloquia: posteriori genésica de miria y miria y miria y no tropiarán si no aristopeyas. Escritora introespecula: dónde firmo. Textarca hiperhedónico grafía: gramógrafa finita.

Primer lugar en el Concurso Nacional de Cuento de la Universidad de Monterrey (UDEM). Nuevo León, México, 2002.

Escasez

La Gran Cucaracha está de nuevo en su cama. Shik, shik, shik. Los ruiditos matinales del intruso le acarician el oído como el canto de los pájaros anuncian el aura en las películas viejas. Shik, shik, shik. Primero fue a roer los restos de la comida en los escondrijos del cesto de basura, luego caminó por su cuarto a pasos cortos (el lugar es chico para tales proporciones), después inspeccionó un hoyuelo en la pared que da al departamento vecino y por ultimo se trepó a su cama y se instaló con esas largas y pegajosas extremidades a inspeccionar su cabello. Shik, shik. Uno por uno, como si estuviera limpiando el aceite natural tras varios días sin lavarlo. Pero éste no el objetivo, él ya lo sabe. Está hurgando en su cabello porque ahí guarda el hombre la memoria, ahí se graban los días, los trozos de rutina, el ADN de sus actividades diarias. La Gran Cucaracha se nutre, más que nada, de sus deshechos de tiempo. Ahí está la cosa. Ingiere segundos, minutos, a veces horas (se las engulle como serpiente a la rata, Shiiiiiku).

No es que él rechace todo ese tiempo. Lo saca del refri y en lo que piensa y piensa cómo puede cocinarlo, con qué combina bien, qué hecha primero al sartén... ¡Se pudre! ¡Se echa a perder! Huele a malo y hay que tirarlo. Le da pena llenar bolsas de basura con tiempo a mitad de precio, tiempo a crédito, tiempo de importación. Y más le envenena saber que ése bicho está aquí por eso. Puede percibir el calor del Gran Insecto traspasar la sábana. Puede sentir su cabello enredarse en los filamentos que cubren las patas larguitorpes. Y el sonido, el Gran Shik Shik, devorando lo que él no devoró, jaloneando su cráneo.

Basta, piensa el hombre. Se desliza sobre su espalda hacia la orilla del colchón y en cuanto identifica el piso con el dedo gordo de un pie, expulsa su cuerpo de la cama y corre a encender la luz. El enorme dictióptero corre a su escondite: una arista de piso y pared. Es imposible matarla de un chanclazo (antiguo método que

leyó en una enciclopedia) y aún y si tal proporción de zapato existiera y bajo el supuesto de que se atreviera a semejante acto contra un animal casi de su tamaño, el estómago de Pandora expulsaría una viscosidad que inundaría toda la alfombra de su departamento.

El hombre ha tratado de envenenar a la Gran Cucaracha un par de veces y cuando agota la botella de insecticida en spray: 1) ya no puede prender ni un cigarro pues el cuarto entero es lugar inflamable y 2) se siente tan mareado que por medio minuto no puede activar ningún músculo. Por tanto, indefenso ante la apocalíptica criatura, ha optado por tolerarla en las madrugadas y seguir la rutina el resto del día fingiendo para sí mismo que en realidad está solo.

Se sienta todavía con la luz picándole la retina. Su recámara sostiene tiempo hecho polvo entre los muebles; tiempo en soledad regado en envolturas de comida rápida; tiempo apestoso sobre el hedor a periódico y excremento en el sanitario; humedad, hongos, ésa es su casa. Buscando apoyo técnico en su lucha contra el cucarácnido leyó (en una webpage): “Nunca deje abierto su contenedor de basura pues el olor atrae a estos especimenes. De preferencia, vacíe el contenedor fuera de su vivienda lo más pronto posible”. Esa era la clave: la nostalgia. Era una pena echar fuera todo ese tiempo en descomposición. Intencionalmente lo había acumulado no sólo en la cocina, sino también en los libreros, la cómoda, algunas repisas, el baño, fotografías. Hay tiempo en desuso regado por toda la casa. De ahí el overweight del Gran Bicho, piensa. Shik, shik. Pega su oreja a la pared. Desde la oquedad: shiiiiku. Maldito, ya se echó otra hora.

Si lo piensa bien, la imagen es horrorosa: la Gran Cucaracha instalada cada mañana en su cama. Siente el aleteo de las patas sobre su piel aún cuando sabe que ahora está escondida, prófuga de la luz. Todos los platos han sido examinados por ella, todo escondite de su alacena masticado. Quedan residuos de fumigante en algunas ropas. Náuseas le burbujean en la garganta. Lo que es peor - ahora recuerda –, a veces se empacha y vomita. Sí, a un lado de su almohada (la entrenó un

poco, ésa es historia aparte). La hija de puta arroja insomnio hecho líquido gastrointestinal y no hay manera de evitar que su nariz se anegue del hedor a tiempo putrefacto y ácido.

Pero no lo va a permitir otra vez. Hay que sacar de su casa todas esas bolsas de tiempo y una que otra caja. Huelen mal. Polvo, tiempo, comida, todo debe ir a la basura del edificio, grandes volúmenes de contenedores negros. Con el sudor cubriendo su piel como crisálida, acumula bolsas de plástico desbordando tiempo de mucho tiempo atrás. Restriega la alfombra, vacía las repisas, mueve refrigerador y estufa, aspira rincones, almohadas, cobijas. Infeliz bicho – piensa - puedo verlo llegar en la madrugada, husmear limalimón, girar sus antenotas confundido, enloquecerá de hambre, seguro, no habrá nada que pueda llevarse a la boca.

Como Grand Finale, rocía la recámara con aroma floral montañoso en spray, (instrumento que ordenó por la web); prosigue con sanitario, clóset, cocina, todo territorio queda sellado. Si era too sweet para él, con más razón para la Gran Cucaracha. Se sienta en la cama, exhausto, abrazando sus rodillas. Abre un bote de cerveza y prende un cigarrillo. Espera paciente a que el día se disuelva.

La noche transcurre sin el Gran Shik Shik. Coloca una silla en el centro del departamento y espera. Se emplaza en la vigilia con el firme propósito de no permitir ningún acumulamiento de tiempo en rincones y alacenas. La silla es dura, así que se enrolla en una cobija para esperar más cómodo. El roer no se aproxima ni desde la derecha ni desde la izquierda. Pega la oreja en las paredes. Nada. Ni el bicho, ni los montoncitos de tiempo en descomposición. A lo mejor la G. C. se lo llevó todo. A lo mejor le robó el tiempo en la huída, por eso no tiene necesidad de hurgar más en esa recámara. Pasan una, dos, varias noches y el vigilante no cede a la insistencia del sueño y el dolor de huesos por la forzada rigidez. Mas, a pesar de su disciplina, entre el chocar de sus párpados y su estado de alerta, se engendran tiempitos sobre la estufa, en el sur de las paredes, entre el estambre del tapete. De vez en cuando se entretiene

limpiando ese tiempo de sobra y lo arroja presto a la basura.

La madrugada llega sin ése olor a vomitona que le quita el sueño. Amanece más lento que de costumbre. Abre los ojos sin el shik shik como palanca. Huele un poco al spray floral. Estornuda. En su período de lucha contra el regreso del cucarácnido, se han agotado los cigarros, las cervezas, los víveres, los sprays florales, el papel sanitario, el tiempo en el congelador y en las latas. Es necesario salir a abastecerse u ordenar servicio a domicilio. Llama a varias tiendas de autoservicio, a restaurantes cuyos nombres guarda en tarjetas y revistas, a ciertas compañías de catálogos… Nada. No hay tiempo. Ni de temporada, ni al contado, ni en rebaja por no venderse un día antes.

No hay tiempo —le dice una señorita al otro lado del teléfono— hace ya varios años que se agotaron las existencias. Ya no se comercializa ese producto, estaba mermado por unas… Cuelga. Súbitamente envejecido, deja caer la espalda en el colchón silencioso. El alambre del teléfono le alinea los cabellos ya grises. El estómago cruje, la luz del día le aplasta la cabeza. Las piernas. No responden.

Personajitos

Diana atraviesa la luz roja del semáforo y los coches colapsan, las miradas frenan, las ondas de radio se paralizan. La mujer de traje sastre, la mujer de cabellera larga, la mujer no tan joven y no tan vieja, la mujer: los pechos balanceándose bajo un saco de discreción absoluta, la cintura ceñida, las caderas maleables, las pantorrillas endurecidas como pezones gigantes. Las zapatillas que orquestan su vaivén son de color hueso, con un diamante rozando la piel. Un hombre, de pie frente al puesto de periódicos, baja el papel extendido para contemplarla. Ella cruza la avenida y su mirada no traspasa ninguna de las ojeadas, frenos, rechinidos, cláxones y deseos que la cubren con un aura virginal, inalcanzable.

El autor enciende un Camel. Aspira despacio, disfrutando los tres minutos en que ve su historia desde todos lados y la extiende como sábana al aire. Diana es una mujer de treinta y dos años-recuenta-sensual, robusta, carnal. Diana tiene una hija y no deja de pensar en ella. Escribe entonces los escasos datos de su personaje sobre un papel a lado de la computadora. El día empieza a nacer afuera, en el ruido de los coches y los gritos de los vendedores, en el canto de los pájaros afortunados que han huido de un pueblo inexistente para refugiarse en sus oídos. Sale a comprar un jugo sin saber que le espera un fabuloso juego de ajedrez allá afuera.

Por la calle larga y estrecha que lo lleva a la avenida se topa con un par de niños que corren y juegan como si la intransitada callejuela fuera un patio gigante. En la esquina, rozando la avenida, hay una mujer morena, sentada, recitando que le compren una flor, una’nquesea. Los tallos largos como bambúes, las flores altas y blancas frente a la diosa hincada. Le recuerdan cierto cuadro de pintura mexicana. Si se avanza unos dos metros más se encuentra el puesto de jugos y exactamente frente a éste, al otro lado de la avenida,

está el puesto de periódicos. Un poco más allá de los jugos, sobre la misma acera, está la ventana baja que nos muestra un poco de la morada subterránea del escritor.

—Uno de naranja.

—A cinco.

El sol entonces le hace señas al autor, que voltea en el preciso momento en que una mujer de larga cabellera cruza la avenida, semáforo en rojo, frenando los coches y casi casi el corazón del escribano. La mujer viste un traje sastre color hueso, falda hasta arriba de la rodilla, un saco perfectamente abotonado que permite imaginar el par de pechos que obedientes viajan en el sostén ortopédico, zapatillas del color de la ropa con un pequeño diamante rozándole la piel.

—Su jugo.

—Gracias.

—¡Los cinco!

—A-aquí tiene, disculpe.

El popote llega no sabe cómo a su boca y mientras *caminarápidamente* ingiere el líquido que aceita sus sentidos. ¿A donde irá esa mujer? ¿Trabajará en alguna oficina cercana? ¿Dónde vivirá? ¿Será casada? No, no parece mujer casada. La mujer del análisis camina cada vez menos lejos de los pasos del autor. Por su cadera… podría haber tenido ya dos hijos. Al menos uno. Cuánto más atractiva, cuánto más mujer. Su Diana tiene una hija, de dos años, que no vive con ella, por ahora, por un tiempo. ¿Y esta mujer? ¿Tendrá también una hija que no vive con ella?

La caminante se detiene. Observa un restaurante turco, al lado hay uno japonés. El autor se detiene también. Escogerá el turco, apuesta a sí mismo, el turco tiene menos gente. La mujer se adentra en el propuesto restaurante y pide una mesa cerca de la ventana. El autor se queda afuera, ve su propio reflejo en el ventanal. Enciende un cigarrillo. ¿Irá a tardar mucho la mujer ahí dentro? No, se contesta. Es hora de desayunar y ella seguro tomará un café negro, solamente.

El mesero le trae a la mujer un café, ella retira el azúcar y la crema con un ademán. El pulso del autor se

acelera, decide regresar a su cuarto. Pero fuera de la vista de los comensales se detiene en un parque. El corazón late como si hubiera corrido por kilómetros; se deja caer en una de las bancas. El tiempo pasa sin pedirle venia y de pronto la mujer de larga cabellera aparece en la calle, en el parque, en su banca.

—¿Y usted, por qué me sigue? ¿Le conozco?

—No, no exactamente – titubea el escritor.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, a lo mejor sí… ¿No es usted divorciada, con una niña de dos años que no vive con usted sino con su madre? Quiero decir, con la madre de usted, no con la madre de ella, que sería usted, bueno, usted me entiende.

La mujer se estremece. Su confusión amazona está a punto de gritar cuando el hombre murmura un disculpe y camina más bien corre en dirección contraria al desconcierto, de regreso a la trinchera sublime, a su cuarto disfrazado de sótano, a su cuarto que le miente y le dice que ahí dentro está fuera de peligro.

La mujer se queda frente a la banca, en medio de una calle estrecha donde dos niños juegan como si fuera un gran patio y, cuando una pareja atraviesa su contorno, con voz desesperada pregunta: ¿Han visto a ese hombre? ¿Quién es él? ¿Quién es él? Pero los transeúntes no contestan. Según parece le escuchan. Pero apenas le observan un segundo y enseguida siguen su caminar de actores extras: deprisa y sin voltear a la cámara. La mujer no se molesta, finge no comprender que le ignoran. Pregunta sin saber, o sabiendo a medias, una verdad que no quiere desenredar porque le huele al dulce descanso de Anaconda y quién sabe qué le toqué hacer a ella, la Diana Amazona que cruza la avenida de la realidad todos los días por la mañana.

Una vez en casa el autor desecha el texto de la mujer cruzando la avenida por ser una situación de lo más común, cómo llegó a pensar que su historia sería original si pasa allá afuera todos los días. Veamos... La historia puede ser contada desde otro punto de vista, digamos… El de la niña, la hijita en la cual Diana siempre está pensando:

Abuela camina despacio. Abuela no puede caminar rápido. Hombres grandes caminan rápido. Hombres grandes como papá. Mamá… Ya no recuerdo. Olor de mamá… Ya no recuerdo. Abuela huele siempre igual. Huele a cremas cerca de bañera. Abuela tiene comida rica en su cocina. Plátanos. Abuela camina más rápido, ya quiero llegar a tu cocina y comer plátanos. Papá viene a veces. En la tarde. Viene y jugamos. ¿Vendrá hoy? Abuela, ¡Camina más rápido!

Después de dos páginas y cuatro horas y media, todavía meditando sobre el desarrollo de su personaje, el autor decide ir a comer a una de las fondas de bajo precio y alto colorido de la calle del puesto de jugos. En la callejuela frente a su portón, dos niños juegan como si fuera un patio gigante. Al autor le caen bien los niños y sus risas, le hacen sentir acompañado. El niño más grande es hijo del joven de diecinueve años que atiende el puesto de jugos. El menor es hijo de la mujer que vende flores, padre desconocido, pero no fue violación como dicen las vecinas en voz baja cuando riegan sus jardines, viéndola de reojo.

Se sienta en una mesita de mantel a cuadros, cerca de la calle. Ordena el menú del día que por tardado y raquítico obliga a su estómago a llenarse de agua de jamaica o de guayaba o de la que haya y después no halla cómo engullir todo el plato como hubiera querido. A la mitad de su pierna de pollo, entre el renunciar a los cubiertos y tomarla con la mano, aparece en la calle una viejecita con la espalda inclinada hacia enfrente y sus manos apoyadas en una carriola. Pareciera que el carrito de bebé es el que jalonea a la anciana como un pastor alemán seguramente lo haría en su lugar.

Con gran esfuerzo termina su comida menú del día, se limpia la boca, el bigote y los dedos con un montón de servilletas y sale a perseguir a la anciana. No puede evitar el conjuro mental: la longeva tiene una hija, de treinta y dos años, divorciada; la niña está por ahora con la abuela porque Diana busca trabajo y no tiene tiempo para cuidarla; el padre, sin que lo sepa su ex esposa, visita a la niña de vez en cuando y soborna a la abuela con buenas atenciones y regalos que la hija

nunca le ha dado. La anciana apenas puede respirar de lo rápido que va la carriola, le arrastra y le obliga a correr. El autor corre también, temeroso de que la pobre anciana se tropiece o algo. Mas no logra alcanzarla. La niña desde la carriola levanta las manitas y su cabello rizado juguetea con el aire.

Enojado porque sus ideas ya suceden en la realidad, destruye las dos páginas del monólogo infantil y decide escribir solamente sobre lo que le apasiona. Escribe de nuevo el párrafo de la mujer que cruza la avenida, Diana, que si ha de confesar, se parece muchísimo a su ex mujer, que no se llama Diana. Una y otra vez el autor relee el párrafo donde Diana corre presurosa, pensando en su hijita, irradiando belleza madura y siempre deprisa, porque va a algún lugar importante. Deja a su paso miradas inconclusas que buscaban sus ojos, su sonrisa, como la del hombre de pie, que tras el periódico extiende su mirada hacia las pantorrillas de Diana, los muslos, la cintura, el pecho y por último los ojos de la mujer, llenos de preocupación. Una y otra vez el autor corrige puntos y comas, tiempos verbales, zapatillas negras por beige, con diamantito, eso sí y con o sin el hombre de pie leyendo el periódico. Diana, sus muslos, sus caderas, la presión de las pantimedias en la cintura, esa grasa apenas perceptible que salta y se arrellana bajo la blusa pegada, vistiéndola de medieva carnalidad. Hoy Diana no se ha maquillado (por las prisas, debe llegar al lugar importante antes que su jefe) y es fácil ver un par de arrugas que la visten de sabiduría, de madurez, de materna poesía. La mujer cruza la avenida y ésta vez el autor no repara en los cláxones ni en las miradas ni en el semáforo ni en los hombres que le habían dotado antes de un aura virginal. Ahora la Eva de la avenida tan sólo cruza, con paso firme, el deseo del autor de no compartirla con nadie.

Diana llega al lugar importante y el autor enciende un cigarrillo, jadeante y disfrutando la tregua. (Observa por la ventana que) un hombre con aire despreocupado y la corbata desanudada camina frente al puesto de periódicos. El hombre parece tener todo el tiempo del mundo. Camina con las puntas de los pies hacia fuera,

como un pingüino, y tras cinco metros de recorrido regresa al lugar del inicio. Bordea la orillita de la acera, como suele hacer el hijo del joven de diecinueve años que atiende el puesto de jugos, y salta como pollito a la calle y de regreso. Compra al fin uno de los periódicos y sin abrirlo siquiera lo arroja al bote de la basura. Qué sujeto más extraño- piensa el escritor. El hombre se sienta en la banqueta, pies al pavimento (¡Qué locura, con lo rápido que pasan los coches!) y enciende un cigarrillo.

El autor no resiste la tentación de ir a comprar las noticias y la nicotina del día y, de paso, ver más de cerca esa intriga de sujeto. Antes de llegar al puesto de periódicos, tropieza con el indio llamado Jesús, que vende pollos, sentado en la acera de la gran avenida y que dicen platicaba mucho con la india de las flores, apoltronada en el otro lado de la avenida, en los tiempos en los que ella también vendía pollos, pero ahora ya ni se saludan, nadie sabe por qué. El indio masculla algo que no va dirigido a él, así que el autor y sus pasos se acercan al hombre que tiró a la basura el periódico del día (más caro que un jugo de naranja) y él le dice: me llamo Hernán, es mi día libre.

—¿Hernán? —repite el autor por decir algo.

—Usted no lo sabía ¿Eh? Pero podría saberlo, sólo que no quiere, y no quiere saberlo porque cuando usted no escribe (y tenemos tiempo libre para hacer lo que nos dé la gana) yo me acuesto con la mujer que cruza la acera eternamente a las ocho de la mañana, su ex mujer. ¿Qué no es su ex mujer? Pero cómo no, si le ha puesto Diana para olvidar el nombre original, por algo se empieza - piensa usted, pero no, hombre, si es obvio que todavía le ama, y lo que es peor, ama también a Diana, tal vez más que a su anterior y seudo respetable esposa.

Así que de esto se trata - se dice el escritor más desafiado que sorprendido -, así que ahora resulta que llegan a mi vida a ponerse en huelga.

—¿Y se puede saber quién es usted en mi historia?

—Hernán.

—¿Cuál Hernán?

—Pues Hernán, el hombre que sostiene el

periódico y observa a Diana cruzar la avenida todas las mañanas. Usted ni siquiera se ha dignado a ponerme nombre, pero sepa usted que todos tenemos nombre y el mío es Hernán.

El autor termina la discusión con un Ustedes se llaman y hacen lo que me dé la gana y se acabó. Hernán ríe y también ríe el joven del puesto de periódicos y el del puesto de jugos y la india y Jesús y los niños y los pájaros y todo su barrio es una sola carcajada. La anciana pasa muy cerca de él, empujada por la carriola. El autor la toma del brazo y le obliga a girar su cabeza, quiere ver su cara. Ella le dice con su burla seca: “pero si es Octavio”. El autor suelta con repudio el brazo de la anciana. Octavio es el ex marido de Diana. La bebé se asoma, tiene apenas cuatro meses y se endereza con plena capacidad motora; le sonríe con mirada de adulta, entonando una sonrisa diabólica. Le dice sin mover los labios: papá. El autor explota en terremotos internos y siente ganas de vomitar. La anciana le menta la madre, le dice que está cansada de estar vieja y de cuidar a una mocosa. La nena le da una bofetada a la anciana y el autor camina hacia atrás, el vecindario se mueve cada vez más lento, todos se ríen cada vez más lejos.

En su andar de cangrejo Diana aparece de nuevo, en medio del parque, mendigando respuestas a los transeúntes: ¿Quién era ese hombre? Se parece a mi ex marido. Los labios de la mujer enmudecen al ver al hombre caminando hacia atrás, y aún así el autor escucha: no quiero saber quién eres, no quiero dejar de preguntar porque entonces vendrá la respuesta, me he estado cuidando de que nadie sepa en mi trabajo lo de mi hija, que el casero no se entere porque no acepta niños en el edificio, que mi madre no me llame porque la odio y no quiero hablarle nunca más ni quiero que tenga a mi niña en ese chiquero más tiempo. La voz de Diana: ¿Por qué sabía tanto de mí ese hombre? ¿No lo habrá contratado Octavio para que me espiara? Y de nuevo sin voz: Tengo que decirle a Hernán, el siempre sabe quién es quién y qué cosas van a pasar.

—Ya hijo, hora de irnos —grita el hombre vendejugos. Ya quiero ver a tu madre ya quiero

cogérmela, escucha el hombre cangrejo sin que ninguna voz salga de ninguna boca.

—Ya voy —dice el niño. Se cree que mamá esta en la casa y yo la vi salir de vestido largo con el hombre que cobra la renta cada primero, escucha el autor que el niño no dice.

—Una aunque sea —canturrea la mujer indígena. El autor escucha todas las voces de todos, en eco y pisoteándose unas a otras: ándele pinche viejo, a ver si no se trompieza, hoy cierro temprano, ¿Qué me ve?, mi mamá salió de vestido largo, a mí me cuida Jesús, es mi ángel de la guarda…

Así que ahí están todos, viviéndose pero espiándome, esperándome. Así que tienen quejas y están cansados de ser, hacer o no hacer. Hay más de los que yo pensaba y hay visitantes que no me pertenecen. Así que el afuera es el adentro y el adentro es más público que privado y yo el último en enterarse.

De vuelta en lo que considera su refugio, escribe ya no la historia sino una carta a su ex mujer, quien no se llama Diana y con quien no tuvo una niña hace cosa de un año. Ella abortó la posibilidad sin consultarle. Una tarde ya no eran tres personas sino una y una; ya no eran una familia, ya eran otra pareja más sin futuro, sin lazo en común. Escribe con lágrimas. En mi vida pasan cosas extrañas, aparecen personas como mis personajes, con los gestos, las vidas, hasta los nombres de mis personajes… –escribe y escribe– No he podido encontrarte en un año, eres tan muda y escurridiza como la Clara de Mulisch… ¿O no serás la Clara de Mulisch que se topó conmigo una vez por error? ¿No estarás con él ahora? Ya no sé quién eres, quién pensé que eras. Nadie parece ser de verdad en este mundo de nombres, casualidades y posibles coincidencias. Me parece que hay gente de otras gentes en mi vecindario de personajitos… ¿A qué han venido a poblarme estos seres sin entrañas? ¿Y yo, quién seré, carajo, qué?

La noche atrapó al autor y a sus temblores, los papeles dormitaron a su lado, un viento azul coloreó su habitación y afuera la historia seguía, sigue:

Anciana: Estoy harta. Esta mocosa y sus llantos me tienen harta. ¿Por qué siempre tengo que estar cuidándole, por qué no la puedo dejar con una sirvienta, por qué no tengo sirvienta, por qué Diana me odia? Además, todo se le hace muy fácil al autor, cree que con el poco dinero que Octavio me pasa me alcanza, pues no, no es así, se le olvidan los detalles más importantes, mis joyas, por ejemplo, ni las ha mencionado y pertenecieron a la colección de Doña Carlota, sí, aunque ustedes bola de cretinos me las quieran heredar, me las llevaré a la tumba…

Niña: Bájale, abuela. A mí ni me interesan, han de estar hechizadas con la muerte de mister Max. A mí no me cae mal el escritorcito y me parece que son ustedes una bola de exagerados, personajes de segunda, mimados y con aires que no les tocan.

Diana: Igualita a tu padre, ya lo sabía yo, pues claro que te cae bien, Edipo les queda corto… Hernán, cariño, yo te doy la razón pero no cuentes conmigo para esas bestialidades. Lo que es a mí, eso de cruzar la avenida me tiene loca. Qué cosa más aburrida, es siempre lo mismo, con la misma ropa, el mismo par de zapatillas altas que el autor no imagina como duelen al caminar y más al caminar deprisa pues el semáforo ha de tornarse rojo justo cuando voy a la mitad de la calle. Odio estar siempre pensando en la niña. Podría estar pensando en otra cosa, podría no estar pensando en nada. Pero siempre la misma cosa, basta.

Hernán: Me vuelves loco, yo sí que no puedo pensar más que en una cosa: tú Diana tú. No soporto su prosa masajeándote las piernas

y el cuerpo entero cuando cruzas la avenida. Lo que es a mí ese escritorcito de mierda se puede ir al carajo. No será tan difícil. No será el primero ni tampoco el último.

El escritor despierta en un cuarto azul que reconoce después de lavarse la cara como el suyo. Enciende la computadora, cierra la ventana y la puerta con llave pero abre la cortina. Están ahí, Diana fumándose un cigarro con sus zapatillas de diamante, caminando en círculos frente al resto del grupo; la niña triste, muy triste; y Hernán viendo al autor sin escalas, con un cigarrillo sin filtro consumiéndose en los dedos.

Tiene que vencerlos. Teclea un accidente de tráfico pero el coche no se estampa con el grupo sino con el puesto de periódicos y muere el muchacho tras las revistas. Teclea entonces una lluvia escandalosa pero Hernán reparte paraguas para todos y no mueven sus miradas de la ventana del escritor. Se da cuenta que no puede nomás teclear a lo pendejo porque se le escapa el tiempo y sabe bien que Hernán ahora camina hacia el puesto de jugos y la callejuela que parece patio gigante. Entonces recuerda a Jesús y el indio se levanta y va por la mujer que le quita el sueño y se la lleva muy lejos con todo y flores, en lugar de obedecer al autor y detener al intruso que ahora observa a los niños jugar y ya empieza a buscar la puerta del cuarto subterráneo. Mierda, escribepiensa el autor.

Hay que borrarlo, por mí *out*, no, no, las voces de la ventana llegan a los oídos del autor y los pájaros afortunados le abandonan porque dicen que no hay lluvia que no dure cuatro años. Los niños chapotean en la calle y Hernán abre el cerrojo de una puerta. Otro cigarro y deja de escribir. Escucha un ruido en la sala. Escribe que lo escucha. Escribe que él también tiene un arma, bajo el saco. Siente el metal duro y frío y cuando trata de tocarla se da cuenta que sus dedos no le obedecen porque están escribiendo que alguien ha entrado al cuarto del autor, cuchillo en mano y le ve escribir sentado frente a la ventana, una espalda hecha

bola con un cuello que se retuerce pero ese es otro cuento. La cabeza no puede girar porque los dedos escriben que el escritor no voltea ya que sabe perfectamente quién es el hombre que está detrás. ¿Por qué me odias? – pregunta el autor. Y la respuesta dice que él ya esta cansado del escribiente, que este cuento no está funcionando, que necesita matarlo para que la historia marche. - Esto es diferente: dice Hernán. ¿En qué parte? En que si volteas, no hay persona atrás de ti. Y los dedos escriben que gira la cabeza, y no, no está el personaje en carne y hueso amenazándole. Es en su texto donde está ocurriendo todo. Nosotros somos los que nos sorprendimos al verte en la calle. Decidimos seguirte y ver quién eras. El autor sigue escribiendo, tiene miedo de seguir escribiendo, ya no quiere seguir escribiendo. Mueve los dedos que a la vez intenta paralizar, teclea y observa la ventana como quien sostiene la vista al verdugo y los ve ahí, a todos, a todos caminando de un lado a otro, fumándose un cigarro, Eva sonriendo, la abuela sentada en la carriola meciendo los pies y la nena tapándose los ojos con los dedos abiertos. Hay un otro, un otro que no se alcanza a ver muy bien. Piensa en su ex mujer que no se llama Diana ni tampoco Clara pero cuyo nombre de pila no le viene al cerebro precisamente ahora en que sería perfecto escribir su nombre y dejar vestigio de que piensa en ella. El hombre está cansado, no quiere seguir tecleando pero sus dedos revolotean. Ya, basta, si vas a usar el cuchillo úsalo ya, vamos. Y escribe: mientras escribe que el autor está cansado empiezan los espasmos y la falta de aire y los de afuera ríen, hubiera sido bueno platicar un poco, decirle gracias, ésas cosas, gracias de qué, sí, de qué.

Primer lugar en el XX Concurso Nacional de Creación Literaria del Sistema Tecnológico de Monterrey (ITESM) en el género de cuento, categoría profesores. Chihuahua, Chihuahua, 2006.

Di

Tenía que irse. No había de otra. Iba a extrañar su cama, el edredón azul, la comida de mamá, la música que ha grabado en sus cassettes, la propia risa . . . ya no iba a haber nada de eso allá. Tenía que irse, de uno u otro modo. Su madre había regalado ya su bicicleta y algo de su ropa, de cuando era pequeña. ¿Por qué no elegir? ¿Porqué seguir con esas tardes largas de tele y Nintendo? Sólo sus secretas adquisiciones valían la pena en el encierro de su cuarto. A escondidas. Al fondo de revistas, libros, imágenes de cualquier tipo. Mónica había aprendido a sacar cosas de las fotografías (y eso empezó hace poco, tras correr a la enfermera, que se estaba ahí pegada todo el día y no, mamá, que me siento incómoda).

Era cuestión de fijar la vista durante unos cuarenta minutos (había que sentirse un poquito triste y estar completamente sola). Las sacaba agarrándolas con las uñas índice y pulgar, clavándoles la vista. Parecía que estaba dormida, con los ojos abiertos. Estiraba y estiraba hasta que -¡zas!- las cosas despertaban y había que jalar con todas sus fuerzas. Adquirían volumen y peso, abandonando el papel. Llenaban su cuarto y el hueco debajo de la cama. Sillas de playa grandísimas en las que sus amigos se columpiaban cuando iban de visita, patines que se medía y brillaban de nuevos, flores que nunca envejecían, almohadas de todos colores, una planta carnívora de África (guardó el artículo sobre cómo cuidarlas), arena de mar siempre fresca (en una caja donde metía los pies de vez en cuando), su edredón azul . . . Pero lo que nunca había sacado era una mascota. Su madre había dicho que no, que la casa estaba muy chica y que ahí no entraban animales de ninguna especie, que porque luego. Así que se entretenía observando pececitos de Japón en la sección turismo, gatos esponjosos en los anuncios de comida felina, reptiles en reportajes especiales y perros con la lengua y la sonrisa de fuera, cuidando modelos. Pero de

atreverse, nada. ¿Dónde metería esa visita sin llamada previa?

Tenía que irse, antes de que.

Una vez se topó con una imagen de colore tenues: animales de la prehistoria. El que más le llamó la atención fue un ti-ra-no-sau-rio-rex, porque tenía las patitas regordetas como un perrito de esos arrugados, las manitas pequeñas y encorvadas como los canguros, la boca como el tigre de las Zucaritas y el cuerpo verde clarito, como un bebé cocodrilo. Así que no pudo resistirse y tomó con las uñas índice y pulgar una de las garritas. Jaló y jaló y estiró la imagen hasta desprender un dinosaurio pequeño, de unos quince centímetros de altura, de ojos grandes y movimientos lentos de cabeza. Se estiraba como un gatito al despertar. Lo escondió bajo la cama.

Para no llevar maleta, se puso varias camisetas, una encima de otra, ojalá no hiciera mucho calor. Se colgó los patines al hombro, quien quite y allá se sintiera más fuerte y pudiera usarlos.

Por las mañanas solía lavarle a su mascota los dientes con cuidado (sacó un cepillo para bebé con dibujitos de estrellas), le limpiaba las uñas con un picadiente (nunca se las cortaba) y le daba lechuga y otras plantas por aquello de que eso comían las tortugas. Le daba miedo darle carne y que le agarrara el gusto, luego qué tal si... Cuando venían visitas, Di estaba dormido o comiendo bajo la cama. El doctor revisaba a Mónica cada dos días, decía que olía un poco raro (las gracias de Di, seguro, pensaba ella), que la niña se veía débil pero contenta, que había que esperar, que las reacciones de sueño a deshoras eran normales y que había que comer aunque no tuviera hambre. Pero ella sólo tenía cabeza para Di, le acariciaba la piel áspera, lo arrullaba y cada vez que podía le guardaba espacio en su cama para que durmiera con ella, le tomaba la temperatura, le veía la cuenca de los ojos, anotaba cómo le veía ese día, le daba de su jarabe (a él tampoco le gustaba, hubo que explicarle por qué era bueno) y le daba lechuga de muchos tipos que sacaba de recetarios de cocina internacionales.

¿Quién le iba a dar de comer ahora? ¿Y a ella? Aunque tal vez ni fuera necesario, ni comer ni bañarse ni tomar jarabe. Sacó todas sus medicinas de las bolsas de su chaqueta. Lástima que Di no hablaba, no podía él explicarle lo que era estar dentro de una revista (bueno, Di era más bien de un libro de texto).

Su mascota había dormido todo ese tiempo bajo la cama, sobre un periódico que había que cambiar todos los días, cubierto con una frazada. También había una pistola rosa de plástico que usaba de mordedera. Mónica no podía dormir mucho, le dolía la cabeza, no podía respirar bien, abría las ventanas y su madre las cerraba. Cada vez estaba más delgada. Ella sabía que lo mejor era dormir. Además, sí tenía sueño, pero llegaba en la madrugada. Ya no había ruidos, ni sollozos de mamá, ni los pasos de papá entre conversaciones, el tiempo se acaba, a veces no habla, es el efecto, me ha dicho que tiene un dinosaurio, esa niña, dile que sí, que sonría. La cabeza y el cuarto retumbaban como si alguien los moviera desde afuera. Luego oscuro, silencio. Despertaba cuando una luz cruzaba la ventana y Di la saludaba con pasitos lentos sobre la cama (nunca adivinó cómo podía subir hasta ahí). Rápidamente lo escondía bajo la sábana, en el desayuno había que platicar con mamá, pero se la veía tan triste que ni ganas, Mónica no hallaba cómo consolarla. Le platicó de Di una sola vez, pero no le creyó. Le pareció mejor así, seguramente lo sacaría de la casa.

Con Di no podía platicar pero podían comunicarse cerrando los ojos: una vez Mónica, una vez él, dos veces Mónica, dos veces él. Era un dinosaurio inteligente. Se hacían piojito el uno al otro, moviendo la cabeza al mismo lado, tocándose despacito con las uñas, sin lastimarse. Sonrisa cómplice. Abrazos rumiantes. Di no preguntaba nada, si todo iba bien, mal o mejor. Tampoco podía correr, salir o patinar.

Todas esas cosas en su cuarto, son regalos, eso me ha dicho, pero de quién, de su maestra o las amiguitas de la escuela, esas ya casi no vienen, Dios mío, deja de pensar, parecería que ella misma ya se dio cuenta, tan paciente, tan tranquila. Después oscuro, silencio.

Dormir. Seguro allá sería algo así como dormir mucho, sin dolor de cabeza. Descansar.

Un día mamá llego más platicadora. Y le dijo que qué bien que tenía un dinosaurio, pero que papá y ella habían estado pensando, que por qué no dejar que el dinosaurito sea libre y así ella podría jugar más con sus amiguitas y cada vez había más niños en su cuarto y no podía sacar a su mascota, ni cambiarle el periódico. Mamá quería que ella se sintiera mejor, que había que pensar en la realidad, cuando saliera del cuarto vería que hay muchos niños que la esperan en la escuela, que le hace falta ir al parque, patinar. Pero todavía no, te hace daño. Había que esperar y ser fuerte, y mamá dejaba de hablar y trataba de disimular una mueca de tristeza. En el fondo Mónica veía eso ya muy difícil, casi una mentira. Pensaba que si le hacía daño salir era por el aire y la tierra y por la risa y los gritos, eso la cansaba. Y la seguiría cansando, porque.

Pero allá no debiera haber nada de eso, polvo, alergias, hospitales, olor a alcohol y complicaciones varias. O más bien eso suponía, ya que buscó en libros y revistas algo de cómo es la vida en el papel y no encontró nada, como si fuera un secreto. Porque seguro la gente de las fotos no está siempre así, han de moverse cuando nadie les observa, pensaba Mónica. Han de salir a jugar y, pendientes al abrirse de las hojas, han de correr a posar otra vez.

Pero cómo lo iba a dejar ir, cómo Di iba a sentirse libre, libre dónde, acaso mamá quiso decir que había que regresarlo a la fotografía. Pero si su madre no sabía lo de sacar cosas de las revistas. Mmmm, mejor se iría ella también. Así mamá no la vería cada vez más débil, más flaca, la vería desde afuera, en la foto, le dejaría la página abierta, para que la viera sonriendo, se metería en un parque, para que mamá se sintiera más tranquila. No tendrían idea de cómo sacarla. Pero debe haber otros niños que puedan hacer lo mismo que Mónica, tal vez en otros países, alguien que vista raro, alguien que le hable en otro idioma. A lo mejor puede moverse ahí dentro, correr y jugar. Pudiera ser que la familia de Di no la aceptara muy bien, les han de parecer horribles los

seres de brazos largos y con pelo por todo el cuerpo, sin tez verde clarito. Di tendría que esconderle ahora a ella.

Estaba a punto de amanecer. Se preguntó que pasaría con la Mónica de afuera, se quedaría tal vez como cuando saca cosas de las fotos, como dormida con los ojos abiertos, como tiesa. Ni modo. Había que irse. Le explicó a Di que hay que fijar la vista y concentrarse. Le amarró un lazo desde una garrita hasta su mano, no fuera a ser que en el salto (¿Sería como un salto?) se le perdiera. Alguien la sacaría a ella de la rigidez del papel, a lo mejor un niño solitario, aburrido, tal vez triste; alguien con quien pueda jugar, ya fuerte. ¿Cuánto tiempo habría de pasar? Quien la jale ha de sacar a su dinosaurio también, debe entenderse por el lazo, está muy claro, van juntos. Di, tira ya la pistola (no vayan a pensar mal y nadie nos saque). Los patines colgaban de su hombro. Dudaba si éstos podrían pasar al papel de la revista. Su madre le vería sonriente en la fotografía, si es que no se asusta tanto en la mañana que ni atención le ponga a su página abierta.

Se sintió ligera, fría. Dejó de escuchar la tele de la sala, los ruidos del desayuno. Despertarán en un lugar desconocido, a lo mejor dentro de algunos años. ¿Crecerá dentro de la revista o seguirá siendo una niña de diez años? Aspiró un olor a lluvia, a pasto en el parque cuando la nieve se derrite, era un parque muy bonito. Se hubiera puesto un letrero: este es mi amigo, Di. Por las dudas. Un jalón en la muñeca. Di al final del lazo, mirándola con sus ojos grandotes. Ya estaban los dos adentro de la fotografía. Tendrían que jalarlo a él también, algún día. Quiso sonreír y no pudo moverse. Después oscuro. Silencio.

Los que nos juegan

I
Brahma, el Creador

Sólo le tengo miedo a una cosa,
a morir mañana,
antes de haberme conocido a mí mismo.
-Sadeq Hedayat

Siempre va a ser el mismo cuento, que si por qué no irás a visitarlo, que si por qué no regresarás en cuanto terminen las clases, que si el te estará pagando todo, que si tus encierros... pues porque no te dará la gana. No vas a querer regresar nunca. Tu casa. Deprimente mierda seca y espolvoreada. Tu padre no se atreve a ordenar tijeretearte. Desde ahora puedes dominarlos. Sonrisa malévola. Papá acaricia el vientre inflado y se quema la mano. Despiertas con los ojos cerrados. Acuoso capullo de araña. Venenosa mucosidad. Tu casita de placenta. Tu madre: desconocedora de condones y pastillas. Pues sí, estás aquí, oh sorpresita. Y no quieres perder tiempo entristeciéndote con sus dudas. Estiras el brazo y sientes su grito. ¿Cree que a ti no te duele? Pero tienes que salir. No quieres despertar en aire oscuro y no sentir los párpados ni el agua pesada ni los latiditos: de nuevo en la nada. Quieres nacer de una vez, que tu madre abra la piernas, grítale a sus sentidos: ¡Que las abra!

Tan débil, tan pálida. Ha intentado perderte varias veces, no le importaron tus patadas y temblores. Escucho tus reclamos. Siete meses y ella seguía desesperada. Sientes que el agua desciende, rascas la placenta blanda y húmeda. Hay una fuerza que te ayuda, sabes que no es tuya. Quieres que esto termine, respirar. Tu madre se retuerce. Rompes membranas y una esperanza. Navegas en sangre. Tu padre se aleja de la ventana. Agitas los brazos y te sientas. Tendrá que ser por arriba, piensas, por el vientre.

El médico prepara unas pinzas pero de pronto dice

que no, que será cesárea, el bebé ha girado de posición y se debe hacer un corte. Tus manos se han estirado insolentes y tu cuerpecito avanza. La sangre salpica. Chapoteas y sorbes un poco. Terminas de machacar el cordón afuera, atorado entre las piernas. La enfermera tiene que cargarte con repulsión y miedo, dice que te estás riendo, que hueles muy raro. Arqueas el cuello en exquisito desahogo. No me ves. Lanzas un brahmido y respiras hondo.

II
Visnu, el salvador

Oooom. Sonrío. Hombres. A veces no siguen el camino que nosotros quisiéramos, pero esta vez no podrán negarse. Ooom. Observo a María. Repite que no está segura, se abrocha la blusa y se sienta en la cama. Carlos expide olor a previa cópula, a varonil excitación de tercera llamada. La joven enciende un cigarrillo, los nervios se enredan en las esferas de humo. Después de todo, ella viene de una familia muy católica. Qué risa me dan las mexicanas, ¿eso qué importa?

Carlos sale del cuarto con la sangre dura. Se pregunta entonces el por qué del viaje juntos a Michoacán, el por qué de las indirectas de deseo, el por qué de la chingada indecisión. Esta niña no se define. No sabe ni qué quiere, ni qué opina, ni qué piensa. Cree en todo y en nada, célibe de ideas. Sola se desargumenta. Horas hablando de libros y de autores, de la evolución del hombre y del siglo sin dios. ¿Y todo para qué? Para que no sea capaz de cumplir con la única función que los libera de pendejadas moralistas y la reproducción pasiva: el placer. Se lo ha dicho mil veces, el amor no existe. Dios menos.

TU dios, claro. Ahora te observo como si fueras mi cena.

Tirada en el suelo, como cosa olvidada tras una guerra, María fuma. El tiempo le escupe segundos largos hasta formar un charco. Lodosa plasta de dudas. Un día siente que hacer el amor con un tipo diferente al mes debe ser la neta. Y otro día piensa que si se quiere casar

con Carlos debería hacerse la seria y no abrir las piernas. Una vez le dijo a Carlos que buscaba el amor, esa conexión de una mente con otra.

Nosotros también lo buscábamos María, yo te comprendo. Tres dioses, aunque juntos sean el Grande, están aislados. Pero hemos desistido en esa búsqueda, Brahma cree en la supervivencia, yo en la diversión. Siva busca una pareja mas no ha conocido el amor.

Mejor búscate un condón, my love: Carlos de nuevo en la cama. Ahora resulta que la niña no había visto un plastiquito antes. Le ha ofrecido fumar marihuana. Niña hambrienta de experiencias, de locuras y lecturas. A veces tan parecida a él. Pero ella es débil, oscilante.

María, sufres por ese enrejado de paradigmas que te rodea. ¿Por qué insisten los hombres en penar de más? Tu función es muy simple. Ooom. Colores rojos en la piel de los amantes. Ommm, coloreo suave los muslos de la joven. Quiero que ambos dejen de estar solos por un rato. Puede surgir un nuevo miembro en la tribu de los dioses. Separo las piernas de María mientras Carlos le dice que es muy bella, tan inteligente y bella.

María se siente deliciosamente estúpida. Piernas y brazos y cuellos y bocas se patzcuarean. Su pelvis poco a poco se carahuandea. No te enamores, María. Carlos le explica el por qué no la besa, que levante la cadera, que no actúe como si le amara, que es su mejor amiga, que qué bien la está sintiendo, que deje de buscar sus labios. Carlos el niño burbuja. No puede llenarse de sentimientos porque la frágil coraza se rompería, no puede llevar nada por dentro, no caricias lentas, no consideraciones. Enamorarse pesa demasiado y plop . . . Un orgasmo chorrea.

Tiembla María, tiembla, diluye todo aquello que no has visto de ti misma. Enrosca tus secretos y no despiertes. Serán meses de dudar, de ser feliz y de odiarte a ti misma. Ooom. Déjame dentrocarte, remover el germen. Sentirás unos piquetes en el vientre. No tengas fe. Ten miedo. Lo último que verás será el rostro de la enfermera a tu lado, lleno de gotas de sangre.

III
Siva, el destructor

El amor,
que es hambre de vida,
es anhelo de muerte.
-Octavio Paz

Yunuén pinta. El acrílico es la voz de su encierro. Giro a su alrededor. Recorro su cintura, la mido y observo los gestos de su cuerpo. Vierte colores y asesina su pureza. Los gira y los gira hasta crear una hacienda y después unos arcos y por último un árbol grande y tenso, como el silencio entre mi vida y ella. Es tan agresivamente solitaria. Aislada en esta quinta esboza sus emociones en lápiz y piel seca. Deseo tanto estar con ella.

Estoy harto de este reinado anacoreta, de este eterno presente como deidad trilliza. Respiro huracanes, despierto temblores. Mortecina función la pisotear vidas y paisajes terrenales. Pero sé que es necesario. Puede ser, incluso, disfrutable. Destruir es un arte, como la que Yunuén guarda en sus huecos y pinceles.

Lo primero que vio de mi fueron mis ojos. Tres llamas pequeñas e intermitentes. Aterrada, intentó apagarlas, pero avance por entre sus pestañas y me quedé ahí, lastimando su retina. Esa fue la primera caricia. Después de un tiempo pudo ver otra vez nítidamente. Los colores y las imágenes cambiaron para ella. Las paredes se convirtieron en bajorrelieves. Los arbustos se carbonizaron y las flores renacieron en otro talante. Pudo captar incluso las corrientes de aire y mi silueta. Noches de viento llegaron, de vértebras calientes, de soplidos en los labios y bajo el oído, en los labios y bajando por entre los muslos.

La joven lucha contra la paleta, trata de repetir ese rojo oscuro con brillo naranja y chispas violetas, o no, azules turquesa . . . O no, tampoco. Era un color natural, que no nace del acrílico por más que lo intenta. Por más que trata de adherir tres ojos rojos a sus cuadros, la imagen se derrite entre el óleo verde y los arcos siluetados. Antes aparecían solos, sin haberlos pintado,

como calcomanías de un niño travieso.

Todo lo que pinta es esa hacienda. Ella la escogió. Prefiere estar ahí que en su casa, siempre encerrada y sin olor a lluvia, sin paisajes. Le ha gritado a su padre en el teléfono que no regresará. En casa todos le temen. Nadie le abraza, ni ahora ni en la infancia, ni criadas ni enfermeras ni amigas reales o imaginarias. De niña se recogía el peinado en una trenza, decía que de otra forma se le enredaría un espíritu en la cabellera, y ni eso quería cerca. Le teme al cariño, a la compañía, a todo lo desconocido. Le es tan fácil lastimar a las personas. Habla lento, como un gotero soltando la dosis perfecta de veneno. Nunca ríe, nunca llora. Añeja sus sentimientos para un brindis que no sabe cuando habrá de celebrar.

Pero él apareció. Es una bola de aire o es un ángel o es un fantasma. No lo sabe. Después de herir sus ojos no ha vuelto a atacar. Le acompaña como un felino elegante e inquisidor. Sus pinturas han mejorado y conversa con él de cosas tristes y de cosas tontas. Ráfagas de aire y de tres ojos, cascadas sorpresa, incendios, noches de hielo sobre sus mejillas. Este fantasma de mirada roja, sin voz, le había removido una herida profunda, amnésica. Lo extraña demasiado. Tanto como a un enamorado.

Yunuén, si estoy contigo será para lastimarte, para acabarte, es la única forma de que me acompañes. En cierta forma yo soy tu padre, y soy también huérfano y me siento olvidado. Por los hombres y por quién tenga la obligación de escucharme. Brahma y Visnu son como mis brazos. Pero tú eres igual a mí, destruyes, gozas y sufres en un mismo instante. Como yo, odias la ignorancia, el universo material y las castas inferiores. Te deseo, Yunuén. Has sido creada para que Siva te ambicione.

Yunuén sonríe. Reconoce el aroma del amante invisible. Toma el acrílico. Se envuelve con él humectando su piel. El cabello se enreda, el aire abre sus labios y le lame las piernas. Vapor suave decolora sus pezones. Siva raspa su dermis y contorna cicatrices. Ella puede temer y alejarse. O temer y quedarse.

La joven pone sus manos sobre las tres llamas de

fuego. No va a dejar que se vaya. Se siente libre para morir o para nacer. Esta aquí, sintiendo escalofríos mientras los dioses le acarician la espalda como dueños al cachorro. Le falta el aire: amniótica ansiedad de ahogarse. Por entre el calor, bajo los dedos de Yunuén, se proyecta una luz blanca. Carcome iris y rencores, vísceras y soledad. Quiere romper esa membrana que la ciega. Siente el halo de luz como un pincel que remoja las cerdas en su sangre, doliendo suave, como un cosquilleo sobre la paleta. Dolor, asfixia, dolor. De nuevo la fuerza desconocida se le inyecta. Desgaja sus miembros. Esta vez no chapoteará en sangre sino en viento. Se respira hondo. Ligera, flota. Observa sus días y sus órganos allá abajo, amalgamados entre el destino de los hombres.

Se venden historias

SE VENDEN HISTORIAS: ☎ 34-45-43-23

Un escritor encierra el anuncio con pluma roja (nada original, así es él). Su periódico apesta igual que de costumbre. Lo aleja lo más posible y marca el número. Una grabación le dice que puede escoger:

1) historias de familia
2) historias eróticas
3) historias de oficina
4) historias de muerte y de fantasmas
5) historias de amor
6) historias históricas
7) historias de historias
8) historias de temas no clasificables

La grabación le explica que para escuchar el tipo de historia de su preferencia debe presionar el número de su tarjeta de crédito y su primer apellido, después el signo gato y por último el número de tipo de historia de su elección. Todas las historias ofertadas han sido cuidadosamente revisadas y comparadas con la extensa bibliografía precedente, en todos los idiomas vivos y muertos del planeta, así que no hay forma de que a usted se le pueda acusar de plagio. El escritor, entonces, presiona el número ocho, y escribe rápidamente la historia que escucha decir a la grabadora.

La voz hace pausas como sabiendo que quien le escucha está en efecto escribiendo notas. En la fonética prosa todo es llano y directo. Una vez ornamentada con el lenguaje del escritor la historia saldrá a la venta en un libro que le otorgará formidables dividendos. Hecho lo cual decide volver a marcar a la agencia telefónica. Esta vez escoge el clasificado número cuatro. De nuevo, el éxito de la trama le apunta las más altas regalías. Su editorial ofrece un aumento por encargo y así es que se decide por una tercera historia, esta vez del clasificado número siete.

Mas la historia no le satisface, sobre todo el final que ha seleccionado el cual le hace perder la paciencia y cuelga. Decide no desarrollarla, sobre todo porque le delataría ante su editorial. La historia trata, precisamente, de un individuo que compra historias por teléfono. Irritado, el hombre repasa el anuncio en el periódico y nada, no hay un número de quejas, no hay dirección ni un nombre al cuál dirigirse.

Decidido a encarar a quien quiera que le esté tratando de tomar el pelo, publica en el mismo periódico el siguiente anuncio en clasificados: “Yo no soy escritor, soy compra historias. Si alguien tiene historias para vender favor de contactarme. Deben asegurarme que no hayan sido utilizadas en cualquier idioma vivo o muerto del planeta. No hago transacciones por fax ni por teléfono ni por intternnette (ésta última porque no sabe utilizarla ni tiene idea de cómo se escribe). Pagaré el doble de lo que se paga a otras agencias de ramo similar”. Al día siguiente recibe como respuesta un anuncio en la misma sección: “Sr. Comprador de historias. Yo tampoco soy escritor. Yo sólo vendo historias. Lo espero el día 25 de enero, a las 3:00 P.M. en el kiosko del parque Suigetsu”, a lo cual nuestro irritado individuo publica: “Sr. Vendedor de historias. Lo espero en el lugar y hora indicado este 25 de enero”.

☎ 34-45-43-23…

Usted puede escoger:

1) historias de familia
2) historias eróticas
3) historias de oficina
4) historias de muerte y fantasmas
5) historias de amor
6) historias históricas
7) historias de historias
8) historias de temas no clasificables

Para escuchar una de estas historias, debe primero presionar el número de su tarjeta de crédito y su primer

apellido, después el signo gato y por último el número de tipo de historia de su elección. La historia tardará dos minutos en iniciar ya que primero se verifica el número de su tarjeta de crédito. Usted puede contar con una historia original y nunca antes escrita pues una vez seleccionada, queda borrada de nuestro catálogo. Todas las historias incluidas han sido cuidadosamente revisadas y comparadas con la extensa bibliografía precedente, en todos los idiomas vivos y muertos del planeta, así que no hay forma de que a usted se le pueda acusar de plagio. El desenlace, sin embargo, requiere de un costo adicional y debe usted escoger un sólo número de entre los siguientes:

1) finales cerrados
2) finales abiertos

Si usted ha escogido el número “uno” favor de presionar un siguiente número de clasificado:

1) final feliz
2) final trágico
3) final circular
4) final no identificado

Si usted ha escogido el número “dos” favor de esperar en línea.

1) Favor de esperar en línea…
2) Favor de esperar…
3) Favor…

Libitum

Señorita a oscuras se limpia las nalgas,
Ruidosa sube el zipper y estornuda.
No sé quién trajo el periódico, pero muchas gracias.
Atentamente: La Fogata.

Lucía tira bolas de papel al fuego y palomitas a la boca de Armando. Sin palabras, la incomodidad se cuelga de la ropa. No hay jadeo que descansar, ésta excursión no fue larga. Atravesaron la sala, la cocina, el lavadero y llegaron al patio. Buscaron leña, cuidadosos le dieron forma: nació Fogata. Lucía defecó outdoors para ver que cara ponía Armando, pero él siguió embobado con el freír de las ramas. “El Deo Ignoto”, nombra a la fogata. El silencio a novo hace muecas a Lucía.

Se sienta frente a Armando, al otro lado del tronar de madera. Piensa si volteará a verla. No voltea. No la entreve ni cuando fornicar cara a cara, ni cuando explica sus locuciones latinas y expresiones afines. Es por eso que ha vivido ahí por más de un año. Cómodamente sola, en privacidad, desadvertida. Antes de Armando su rutina había sido atender, servir, trabajar. A su familia, a su exnovio, a su jefe. Todos observándole, esperando sus atenciones, exigiendo actitudes y compromiso. Todos mordiéndole la edad, el horario; apresurándole a subir de puesto. Familia esperando soluciones; exnovio esperando el amor (un sí al matrimonio); el jefe, aquél megaproyecto de inversiones.

Y un día llega Armando y le pregunta el nombre. Sólo eso. Un Tom Collins en la barra. Él contestó: leo, eso es lo que hago. Una cerveza. Bueno, sí, había que comer. Daba clases de latín, le pagaban por traducciones. Ad libita.

Bebé Fogati sigue absorbiendo encabezados gracias a Lucía. Se besaron en la barra y fue a dar a su cama. Se prometió no sentir nada más que un buen temblor de piernas. Prohibido enamorarse y terminar

como su madre, atendiendo a quién la maltrata. Él no pide favores, no exige dinero. Vive en su mundo enciclopedia. Ella renunció, cortó al novio de anillo y ahora trabaja por e-mail para la competencia. Se mudó a casa de Armando y sólo visita el cinematopéyico outside vía internet. Él nunca ha sido cuestionado si de veras de veras ella es muy amada, si se acuesta con otras, si van a vivir siempre juntos. Decet: es libre de pseudonovelas.

Armando coloca un leño y deja en pausa a Deo Fogati. De alguna forma, el fuego le hace sentir menos solo. Lucía va por cobijas y se sienta a su lado. Aquella noche, ebrios y encigarrados, se aventaron con caricias en la cama. Armando toma una cobija y la abraza como murciélago a su cría. Ella se estremece, se autodisculpa. Fue un sexo ajetreado, de respuestas gemelas. Tras percibir el anular en la vagina, ella dedoseó el macho agujero entre las nalgas. Armando observa el fuego y sirve Coca-Cola. Fue como una última función de teatro: mecánica. “Me gustan tus gritos. Qué grande la tienes. Me gusta tu piel”: frases del sexoguionismo en onenightstand.

Ella prende un cigarrillo. Fuman de los mismos. El sexum ha sido placentero mas ceteris paribus. Orgasmo bajo bienes separados. Los días transcurren isócronos. El y ella tan diferentes, ahora se globalizan. Armando lee a todas horas. Ninguno cocina. La lumbre se pequeñiza. Hay que echar más papel y ramas secas. Lucía y su laptop son una misma. Mañana: sushi; pasado: Carl’s Junior y ensalada.

Fogata mastica y eructa. Coca-Cola en el mundial / las iglesias se saturan / Televisa en la exclusiva / aumentan los mojados / en Chiapas no hay guerra; sólo diferencias. Estoy aburrida, dice en llama baja.

Tanta inercia inquieta a Lucía. Oficina, trenes y familia / laptop, silencio y Armando: sigue en su frente ése gotear de llave mal cerrada. A él, que siempre ha vivido en autoquietud, no parece afectarle tal aplaste de rutina. Debe ser por sus trips, piensa Lucía. Desde mota enterrada hasta peyote en el refri. Parece un periquito enjaulado: ácido y palabras por raciones. Abre el pico, engancha el líquido, lo retiene en su lengua de

cacahuate y sonríe disparejamente.

Al menos sonríe.

El hombre esparce algo de hierba. Lucía nunca la fuma. Ha dicho que es una infantilada. Ignoti nulla cupido. La joven vive sus reglas in extenso. No puede dejar de ser correcta y responsable. Todo en ella es lanix monocromático: ademanes, sábanas y multimedia. Armando repite – Id est – cada vez que cierra los ojos y comienza un viaje calidoscopio. Pero qué va a entender ella de sus recreaciones. Siempre está trabajando. A él no le funcionaron letras ni óleo ni grabado. No fue capaz de inventar algo. Ha escogido que no hay nada por hacer: sólo disfrutar de lo que otros publicaron y de lo que hay por descubrir a carpe diem en su conciencia. Lucía le observa escéptica.

El Deo Ignoto quiere rellamearse. Ya no hay leña ni diarios que ofrecerle, habrá que inventarle algo. Lucía se acurruca en Armando. Abre la nariz en su axila. Agradable aroma el que la sitia. Le entran ganas de cachetearlo dormido. Necesita desquitarse con alguien. Siente los pulmones como calzón hecho rollito. Si fuera un niño lo violara. Urge estirarse y respirar, condimentarse.

La mota está lista, dice Armando quien toma una pipa de hueso y la enciende. Una lengua arrugándose en su hombro, nace una mano entre la tierra y su sexo. Parece un ave cortejada. Se aguanta la ansiedad de girar y verla. Lucía. La besa encajándole cannabis. Ella se la traga, tose un poco. El se levanta, cómo disfruta rechazarla. Saca del refrigerador un ceviche con maryjane y pimienta. Lo baña en limón y . . . llegan los dedos de Lucía a acariciarle el cuello. Le excita, pero disimula y sigue comiendo. Las uñas se le encajan. ¿Pero Qué Le Pasa? Escupe la comida con reclamos. Pinche vieja. Ha de ser cuando ella quiera.

Se queda quieta donde pega el aire pero no el calor de las brasas. Regala una tostada a Deo Fogati. O se desquita con Armando o consigo misma. Necesita desplegarse. Que alguien le haga cosquillas, le golpeé, le abra las piernas, se deje morder, le sorprenda . . . Un ácido. Un trip que desenrolle sus pulmones. Lucía se

acerca a la hierba prohibida y vacila. Toma un poco pero no sabe cómo fumarla. Pregunta por El Es Di. Quiere apagarse, disfrutar, herirse un poco/

Todos los sonidos han crecido. Cerebro reinicializado. La vista se derrite. Fuertes colores se deshechizan. Fogata se ondula, estira las llamas en pose de súplica. Lucía le avienta sus calcetas, un sabor nuevo. Percibe el tueste de los hilos. PaC PaC. Sus pulmones son como dos sábanas: desde la médula hasta las falangetas. Se escucha reír con el suelo. Por fin siente una paz que le armoniza.

Abusus non tollit usum. Arrmando toma la mitad que resta del cartoncillo y tira el empaque al fuego. Ya que Miss. Finanzas desconectó su laptop y quiso un papelito, habrá que acompañarla. Sorprendido, auguró cama excelsa e inusual conversación. No preguntó nada. Innovatius vivendi para todos. También Fogata lo requiere, abre los dientes amarillos y los cierra con el aire/

Las horas se traspacuentan. Senos, manos, carcajadas. Giran y traducen caricias. Las roban, las madejan. Doble click en la entrepierna. Los besos duran más tiempo en la boca, saltan como aceite y se regresan. Las miradas no pasean más en el techo. Son raptadas blusa y falda a la fogata. Es obligada a comer con risa y jadeos atravesados. La comida no cabe en la boca y se la guarda entre las nalgas. El sudor la marina para festín de su amado. Se siente tan libre. Los sabores le escozan la lengua y la risa las costillas. Limón, Armando, su vagina, todo lo prueba.

Él siente que Lucía le comprende por fin, inventa frases para ella, hablan sobre los efectos. El suelo se oblicua, se vuelve morado. Escuchan más insectos de los que les pican. Cada cuello se congela y hierve en estaccato. Deo Fogata se trasluce incontinenti. Los creadores sienten que deben cuidarlo. Lo alimentan sin dejar de acompañarse a tactim. Papel arroz, broches, un brassier y pantalones. Armando se ilimita quemando la ropa, amnesia de fracasos, sexualidad hipersensatio.

Fogati encuentra hojas sueltas del diario. Neurociencia para todos / Cybersexo / otras calcetas /

Spice Girls en Khajurao / New Age en Argelia / servilletas / Promoción de células robóticas / Deo Fogata se complace en el desgaje de sabores.

A latere, invita Armando, ad paredem. Quisiera seguir desropándola para consentir a Fuego. Respira en Lucía nuevos deseos y esta vez sí le preocupa complacerla. Arranca de su cabello una liga y la vuelve ceniza, ardor de cráneo. Ella muerde a Armando y escupe algo de sangre. Los zapatos masculinos van a fuego que divertido no deja de observarlos. Armando alarga la espalda hembra y después de untarla como mosca en azulejo, tensiona todos sus huecos, le despierta voces aún más ácidas. Poema sonidos y temblores. Siente emocionado el placer de expresar algo, de ponerle fin, exhausto. A Lucía se le diluye el esqueleto: lo que tácitamente había estado esperando.

Amanece. Lucía gira despacio, en minutos doloridos. Fogata arde aún, ancianiza a compás de áurea. Prohibido enamorarse. Eternar le es tan cansado a Deo Fogati. Ambos cuerpos jadean. Ya no saben de qué alimentarlo. Armando la observa in naturalibus. Es bella. Pero está cansado hasta de inventar carencias. Seguir como antes le arranca los riesgos. Su mirada endereza los féminos pezones. El sudor de Lucía se petrifica.

Armando le ha colgado los ojos
en los mocos
en los granos
en el ombligo
en cada víscera
en el destiempo de sus albedríos.
Duelen demasiado.

Fogati oscurece. Armando abre uno de sus libros. Lucía toma su laptop y se larga a la chingada.

Primer lugar en el Concurso Nacional de Cuento "Adolfo Bioy Casares" del Instituto Tecnológico de Monterrey (ITESM). Monterrey, Nuevo León, 1998.

Violencia intrafamiliar

Matamos lo que amamos.
Lo demás no ha estado vivo nunca.
-Rosario Castellanos.

Huele a gas. No hay arqueología capaz de descifrar el código. Cae un libro, luego otro. Cayeron libros durante un día, dos. La mujer los devolvía a su lugar, por región, por alfabeto, por anécdota. Cada vez eran más pesados. De un tiempo acá resulta muy difícil abrir sus vericuetos con polilla. Será despecho, será coraje. Huele a gas. Debería retroceder ya que la puerta esta sitiada. Se empuja hacia la estufa, tose, agarra aire y ya no hay aire. En la rasa contienda los bibloseres se le untan, le dicen algo en su libroidioma. Apenas tolera sus pitidos. Entre sus páginas que se mueven como alas de colibríes ve de nuevo su rostro convertido en anciano enfermo, reflejando en su mirada todo aquello que nadie debería conocer. Si no estuviera ella en ese cuarto cómo le gustaría prender una chispa y dejar que el vaho que ahora le sofoca escamara sus portadas, índices y risitas. No soporta ese abanicar de sí misma, esas voces que son la voz que nunca ella. No puede respirar, qué náusea, no quiere volver a verlos. Estúpidos libros dejen ya de torturarme que no quiero verme, no quiero verme.

Otro libro cae de la repisa. Otro más.

Sin embargo las cortinas, los cuadros, el cordel de la lámpara central no se estremecen… Esto no es un terremoto. Se dirige hacia el estante pero interceptan su paso y resbala: otro libro en su pie, otro en la rodilla, los tomos desmembran su postura y cae al suelo como si fuera un potrillo recién nacido, los ojos desviados en turbación.

Un libro llega a su mano como gato meloso. La mujer lo aparta. Lucha por levantarse pero una interminable escuadra de libritos le ametrallan la intención. Patea, escupe y se arrastra hacia la puerta, hay que cruzar la cocina. La enciclopedia pasta dura le encaja un grito que proviene de la espalda. Piensa

entonces en cuchillos, fuego, venganza. Pudiera empujarlos a la extinción. Mas visiona un escape. La ventana. Al girar su cuello, periódicos y revistas entapizan el vitral como diciendo por aquí no has de pasar. A su rastro de serpiente le siguen epítomes que con sigilo abanican letras e imágenes sin traducción. Persiste un ruido de globo gigante cuando se eleva en su propio huracán.

Un libro gime como cerámica al estallar en el suelo. La mujer ve su rostro envejecido en las imágenes y al asir el hojeo sangran las venas de la mano. Por un instante no siente nada, pero el miedo. Hojas y capítulos le muestran su talante pero ella, entre el dolor que ahora llega y el collage que danza con sus gestos fragmentados, no atina, no avista exactamente los detalles de su antropología. Lo que ve entre las páginas es tan borroso y lo que siente tan exacto, tan subterráneo.

Libros grandes y pequeños, de bolsillo y pasta dura. Flotan por el cielo en una danza torbellino. Algunos cruzan con rastro de misil, otros vuelcan marometas o sobrevuelan con cadencia de mosquito. La mano sangra una lluvia ligera, casi negra. La mujer serpiente no puede avanzar porque los diccionarios grandes le amurallan la visión.

La otra mano asciende a la llave de gas. Ningún libro la intercepta. El brazo tiembla. El ruido del gas como neumático que expira despacito. La mano sube. Tomos de pasta dura y de bolsillo abanican las páginas jadeando: el rostro se proyecta en blanco y negro, tra-ca-trá, filmina silenciosa que es un espejo, que es un adiós. Los ojos no se atreven. Agarrar aire y ya no hay aire. El brazo tiembla. El ruido. Los ojos ya no ven. El brazo expira lento, despacito.

Inoculado

—¿Lo sacaron casi en calzones, verdad?

Y a este gato qué le importa, pensó Evaristo. Otras preguntas siguieron pero él tenía la cabeza paralizada en la imagen de su mujer y sus hijas frente a las metralletas, en los gritos y en él, descalzo, sin camisa ni pantalón, rodeado por cuatro cabrones que no había visto en su vida.

—Dicen que Don Evaristo y el Hombre de Oro se traen hartas ganas...

Alcanzó a ver cuando le apuntaron a la Martha y a las niñas justo en medio de los ojos y la Martha se soltó gritando y él ya esperaba el disparo. Casi de inmediato tenía la pañoleta en la cabeza y estaba trepado en una suburban, en medio de dos hombres mentándole la madre y bien cocos, según adivinó. Se subieron los demás (quién sabe cuántos) y arrancaron. No, no les pudo dar tiempo de nada, a lo mejor una madriza, quién sabe. Pobre de la Martha, en las que debe andar, conque no le hable a la ley, porque ‘tonces sí, ya nadie sale.

Su padre lo iba a sacar de ésta, seguro que sí, pensaba Evaristo, removiendo manos y pies bajo la presión de las cuerdas. Por qué él y no otro de sus hermanos. Maldijo a su padre por meterlo a transportarla y casi a la vez recordó que sólo él podía sacarlo y que por él tenía casa, carros, viajes, el rancho, hasta la maldita parabólica. Entre más alto, más acuérdese de volar bajo, dijo alguna vez Don Evaristo.

La voz joven acercó un plato con tacos y una cahuama. Aquí traigo ésta, ahí nomás pa’ que sepa, dijo y le puso la punta de la pistola bajo la nariz. Acto seguido las muñecas quedaron desanudadas. Por quince minutos no pensó en nada. Clavó su dentadura aglifa en cada taco. La comida resbalaba dificultosamente por la garganta. Se mezclaba el sabor con la sangre de las encías. Después la rígida postura, piernas encogidas, y el joven platicador, fumando marihuana.

—Pero bien que le dieron la camisa y los pantalones, se ve que le respetan.

Que le respetan, pinche gato, qué se estaba burlando o qué. Si lo agarraron a madrazos entre todos, a patadas, con metralletas y palos, sin dejarle ver nada. Lo dejaron tirado, lleno de sangre, con plastas de saliva en la cara. De milagro no le rompieron un hueso, seguro estaba todo calculado, ésa era buena señal, significaba que al menos algún día lo iban a liberar o a enseñar o a grabar o vaya a saber qué. Abdomen, espalda, nalgas. El zumbido de un bat antes de tocarlo. No sentir. Me tienen que sacar de ésta, no pueden matarme. Puntas de coral y mapanares. Y la sangre, el llanto a medias, los huesos tronando. De a cuánto estarán hablando, pensaba respirando con fuerza. Abdomen, espalda, el sexo y una risa seca. El sonido de cada patada, anillos cerrados, rojos y negros. No sentir, se repetía con los músculos apretados. Estiraba la mirada hacia abajo, buscando las imágenes. Las botas de cascabel con punta de oro observaban desde la puerta. Pensar que a este culero le han puesto veladoras. A su mujer no podían haberla subido, hubiera escuchado su voz, su miedo sollozando, era él nada más, aunque a veces decían que tenían a su vieja en otro cuarto, que si quién se la echaba primero. Sangre en la nariz. Hijos de la chingada, ya verán nomás que los agarre. Abdomen, brazo, pierna. Nomás déjenme que los agarre y los voy a matar a todos.

No sentir. Esa era la salida. Morirse antes de que lo maten. Dormir el músculo y el golpe, cada vez dolerá menos. Si le quemaban con cigarros, si pisotones, si cualquier cosa, a Evaristo ya no le importaba. Era como un sueño suspendido en olores a sudor y marihuana, era como si se viera a sí mismo desde afuera, en la silla sin respaldo, con el hombre de voz joven frente a él, raspándole la nariz con una pistola que seguramente no era tan buena, ni tan grande, ni tan fría. No sentir. Los voy a matar a todos, hijos de la chingada, y a cada uno de sus hijos.

Las maldiciones y el sudor. Evaristo, despierta. Los voy a matar. Despierta Evaristo, ya estás con lo mismo. Eve Hijo se incorpora, observa sus manos, agudiza la vista. Estás aquí, conmigo, dice Martha. Pero Evaristo apenas la ve, su voz, borrosa en la memoria, podría ser

como un eco y no se distingue ahora en la silla, sino en la cama de dónde le sacaron, se ve agarrando un brazo de su mujer, sacudiéndola, abriendo la boca sin voz, una boca seca. Observa cómo se levanta, perplejo de sentir sólo su propia mano y no la piel de Martha. Enrosca el puño y con una furia que llega no sabe de dónde se ve golpear la madera de la mesa, una y otra vez, una y otra vez, y la sangre comienza a manchar el mueble y Evaristo arruga los ojos y sigue golpeando. La oscuridad esconde los nudillos lo más que se puede y de pronto la mano llega a la cara y se ve muy bien, se ve cómo Evaristo Hijo distingue las pequeñas articulaciones asomándose, sin percibir el mínimo dolor. Una patada le despertó.

—Ya es hora.

La voz no era la del joven que le alimentaba, era una voz con más años. Venía de arriba, de atrás de él. Sospechó una segunda patada. Los músculos ya no le dolían al tensionarse, le era difícil notar si estaban o no a la defensiva. Pero lo estaban. La patada no llegó. Una mano firme le apretó el cuello y le obligó a levantarse.

Dirigieron su caminar hasta el patio. Hincado, Evaristo oyó cómo cargaron el arma. Las botas de víbora desconocida intercedieron. El asunto no podía concluirse hasta que no se lo dijeran directamente.

—¿Cómo que a ti directamente? Dijeron una hora y ya pasó más tiempo.

—Sí, pero a mí me dijo el jefe que esto era delicado, que si se alarga pues que se alargue. Que yo estuviera cerca, que porque los hay los desesperados...

—Me lleva la...

Se escuchó el arma topar con el suelo.

Evaristo era un hervor oscilatorio entre odio y agradecimiento. Cómo explicarle al joven acomedido que por él mejor que lo maten, que cada vez que lo han regresado al banco el tiempo y la muerte se estiran, que no puede dormir ni comer ni pensar, que le metan el puto plomazo y ya, que se acabe.

Pero no lo iba a decir. No les iba a dar ése gusto y no lo dijo. Apretó las mandíbulas y siguió caminando según lo guiaban las botas cada vez menos ajenas en el

suelo de tierra.

—¿Y qué piel es ésa?, preguntó Evaristo para quitarse el miedo de encima.

—Es una víbora pintita, no son de las finas —dijo girando el talón-, pero aguantan.

Claro, qué iba a tener ése pa' finas, pensó Evaristo. Los anillos no cerraban, eran de serpiente chafa, de ésas que no emponzoñan y son fáciles de agarrar. Ese gato siempre estaba pegado a él, a Eve Hijo, y le llamaba Don. A Evaristo ya le estaba cayendo bien. Aunque trataba de hablarle lo mínimo, no fuera a ser que le quisiera sacar información o que luego anduviera diciendo cosas que no eran.

—¿Y tiene hijos, Don Eve?

El hombre casi sonríe, si tiene sólo treinta y dos años. Don Eve era siempre su padre, Don Evaristo García.

—Dos hijas —contesta aceptando el cigarro sin filtro que llega a su mano

—¿Y ésas pa' qué? El chiste son hombrecitos...

Todavía se acuerda cuando Martha le salió con aquello de que estaba embarazada. Al principio quiso inventar algo y largarse al Otro Lado, pero su padre le dijo que a la hija del Contreras tendría que responderle. Otras no importaban. Así que mejor vamos planeando la boda, m'ijo, la muchacha es guapa, será buena mujer, se le nota.

—La verdad mis respetos, Don Eve, usted no se ha soltado chillando, ni rogando que ya párenle ni nada.

Volar bajo, pero si él jamás anduvo armado, ni llevó mercancía a su casa, ni nada. Por qué él y no los otros estúpidos que ni familia tienen y andan ahí nomás buscando bronca.

—Todos los putos que caen por acá (y por otros lados que me ha tocado andar, hasta por allá por Guatemala), se retuercen chillando como niños y hasta a mí me dicen que si de a cuánto, que si cómo le hacemos...

Pues sí, él no le iba a pedir ningún favor, se dijo Evaristo. Ora sí, ya hay que dormirse, dijeron las botas pintas. Y cómo, preguntó Evaristo. Cada vez que cerraba

los ojos creía estar de nuevo en el suelo, humillado a golpes, a medio vestir. Abdomen, brazos, espalda. Engañar al músculo y no sentir nada. Pos así como es de fuerte pa' estar despierto, así agarre coraje y duérmase. Pero Eve Hijo temía aletargarse, le daba miedo verse, reconocer a su mujer, últimamente soñaba con ella como si estuviera más vieja.

Prolongó su estado de alerta lo más posible. Pero terminó viéndose de nuevo como si estuviera fuera de sí, fuera de la pañoleta, y pudo distinguir el cuarto lleno de escombros, el suelo de tierra y a su guardián en la puerta, dormido. El hombre encogido en la silla sin respaldo también dormía y Evaristo despierta entonces a la oscuridad absoluta, donde la fragancia es otra y donde la posición de su cuerpo es horizontal.

Huele a cremas y jabones. Siente los ojos paralizados. Estira el brazo y reconoce otro cuerpo a su derecha. Debe ser Martha. Hacía rato que no te despertabas a esta hora, dice su voz lenta, maternal. Estás sudando. Y has estado repitiendo lo mismo, que si los vas a matar y que no sé qué. Evaristo no puede hablar. Las imágenes todavía flotan y su cuerpo también flota en la cama. Ve que su mujer le toca un hombro, después el otro, y no, no siente la presión de sus dedos, ni el roce de su cabello. Avienta un brazo contra la pared. El ruido es grave y la piel se torna morada. Pero el ardor no llega. No empieces Evaristo, luego te pegas bien feo. El hombre observa sus manos. ¿Qué me hicieron esos cabrones? ¿En qué me convirtieron? La mujer agarra el brazo y lo pone sobre una almohada. Dijo tu hermano que así ibas a estar al principio, como ido. En la puerta distingue una silueta. Es el rostro de su hija menor, con cuerpo de mujer desconocida. Entra en la cama y le abraza, pero al igual que el día que regresó a su casa, no siente sus brazos, huele su cabello que no es áspero ni tampoco liso y le dan ganas de empujarla.

De repente, extirpó de su cerebro la imagen de su hermano. Fue por él, ya habían pasado meses y Evaristo no podía hablar y si lo hacía articulaba algo de no sentir y se la pasó todo el día sentado. La libró Don Eve, se despidió la voz ya cotidiana. Después recordó que

regresó a su recámara, con Martha y sus hermanas atendiéndolo, comida caliente, hielo en las heridas. Pero él seguía enajenado, aventando a quién se le acercara. De golpe, el tiempo cae en su cabeza como un disparo y ve a Martha más nítida y le descubre unas canas sobre la oreja. Hubo que vender terrenos y otras cosas. Alguien le dijo que su padre se quedó en el Otro Lado. Tiene ganas de abrazar a su mujer pero se queda tieso, como serpiente antes de morder.

No siempre se acuerda, es cierto. Pero esta vez ha visto todo tan real, el vaho de orín y marihuana, la voz del joven de las botas pintas, la tierra, todo se ha colado en la membrana del sueño como si otra vez la cosa estuvera sucediendo. Martha arroja almohadas y Evaristo se distrae, sus ojos las siguen y deja de azotar el brazo. Trata de dormir y tiembla. Martha de nuevo en la cama. Pero Evaristo, en la frontera con la tranquilidad, siente que se arrastrara de nuevo a la voz, los golpes, la rayita de luz bajo la pañoleta.

—¿Y qué tal si tu vieja ya está muerta, eh?

Abdomen, espalda, nalgas. Me tiene que sacar de ésta, no pueden matarme. Y la sangre y los huesos tronando. Abdomen, espalda, piernas. El sonido de cada patada, anillos cerrados, rojos y negros. No sentir, se repite con los músculos apretados.

—Que culito se agarró, la Contreras...

A su mujer no podían haberla subido, hubiera escuchado su voz, es él nada más, aunque algunos dicen que tienen a su mujer en otro cuarto, que si quién se la echa primero. Abdomen, brazos, el sexo y una risa seca.

—¿Y su hermano pa’ cuando llega?

—En todo caso nos echamos éste y vamos por otro, son un chingo.

Morirse antes de que lo maten. Dormir el músculo. Si lo queman con el cigarro, si le encajan taconazos, si cualquier cosa, Evaristo no siente nada.

Pero hasta cuándo. Observa a Evaristo Hijo recibiendo golpes sin gritar, sin decir nada. Y se ve con su mujer, la sacude y trata de romperse una mano estrellándola contra un mueble y se ve en el suelo, buscando por la grieta de luz de dónde vendrá el

próximo golpe, y de nuevo en su casa, lanzando el brazo a la pared, y el suelo de tierra y las risas. Se observa en las madrugadas, junto a Martha, sudando sin sollozar, sin gemir, sin recibir sufrimiento pero buscándolo, deseando que cayeran los golpes de nuevo si así es cómo puede acercarse a ella. Le habían dejado una vida llena de imágenes, olores y odios entrometidos. Se incorpora, observa a su esposa, el olor a cremas es el mismo, pero su piel parece más bien fláccida y en su cabello predominan las canas. Evaristo a sus propios dedos, la oscuridad disminuye a cada segundo, aparecen cicatrices, ve su estómago más grande, su piel menos morena y, frente a él, los ojos abiertos de su mujer. Ella levanta una mano y toca la cara de su Eve, despacio le abraza y éste al fin percibe un vello suave, los brazos redondeados, su cabello lacio y pesado. Siente como su propia capa de piel solidifica. Reconoce los pechos bajo la bata y apretujándolos contra el tórax de un hombre ya viejo, sin esconder el rostro, llora.

Feiry Leidy

Conocí a una mujer blanca, regordeta y encantadora, algo así como las hadas madrinas debieron ser a los veinte años (con doble filo en la mirada, sin embargo). Sentía un poco de miedo cuando por alguna razón le contradecía y su mirada me brillaba encima, navajosa y espadachina. Ella me dijo que aunque fuera yo una plebeya mal vestida, estaba llena de poemas en los ojos, de ternura en la boca, de compasión en las manos.

Fue a mi casa y conoció a mis padres (desconfiados). Dijo que yo era una gran moza, que me dejaran a su cuidado. Nos contó de su mundo, del estanque vasto, de los arcoiris que tocaban el césped donde sus pies avanzaban sin temor a los bichos que se alejaban para no incomodarla, de los seres marinos que tenían colores brillantes y que le cuidaban mientras ella nadaba, de sus padres, reyes de ese país inimaginable y yo dije sí, sí, quiero ir. Mañana mandaré por ti, dijo ella, y su mirada descotó algo en mí que la infancia tenía atado.

La alborada siguiente llegó un cuervo con un mensaje en el pico. Debes aprenderte todo esto, decía el papelito. Era un temario estilo examen de admisión. Poemas, casi todo. Desayunamos (mis padres algo tristes) mientras yo por debajo de la mesa repasaba los deberes encomendados. Mis animales danzaban en despedida alrededor de la mesa. Tenía aves, peces, perros y lagartos. Tenía un pulpo también, en el estanque minúsculo con fuente minúscula. Llegó entonces un mensajero a galope de corcel. Vengo por la moza Nena, dijo con voz de trompeta. Mis padres preguntaron de nuevo: ¿Estás segura? Y yo dije sí, emocionada (¿Cómo saber si una está segura?).

El caballero me sentó atrás de él y yo tuve que abrazarle para no caer. El caballo galopaba y galopaba, por praderas y por valles, por montañas y por mares, por el aire, incluso, por las nubes y por la tierra de Nunca Jamás, por galaxias y por sistemas solares, el caballo me llenaba la boca y los ojos de aire, de un aire que no te

permite pensar ni juzgar ni recordar. Busqué en mi nariz el olor del caballero. Nada.

Un día el palafrén extendió unas alas que yo no había visto y empezó a planear como ave de acero. Hemos llegado, escuché decir al caballero. Me bajé del rocín y contrario a lo que se pueda esperar, no me sentía entumida ni sufrí dolor de médula espinal.

Me recibieron los padres de la manceba. Con rostro de examen de admisión. Con ademanes de examen de admisión. No esta mal dijo Madre al fin. Y Padre me indicó donde debía sentarme para responder una serie de preguntas (relacionadas con el temario que ya la manceba me había hecho conocer por medio del cuervo, a escondidas, supongo). El examen no fue difícil. Pero cansado. El cuervo merodeaba la “habitación”, que era la cubierta de un yate de madera atado a la orilla de un estanque amplio como la imaginación. Llegué a pensar que el reino carecía de tierra firme. Pero sólo con voltear hacia mi espalda podía ver igual magnitud de tierra y de pasto y de flores y de montañas bajas como de caricatura. La joven doncella no tenía para cuando aparecer. El padre revisó mi examen y dijo está bien, puede-se quedar. Entonces la madre (con cara de mujer exigente, prepotente y desconfiada) me dijo firma esto. Era un papel largo y amarillento, como un acta.

No podrá salir del reino sin la venia de los señores mandatarios, no podrá desobedecer las órdenes y caprichos de la doncella Darma, no podrá cruzar el estanque hasta la otra orilla, no podrá ver más allá de las bajas montañas, no podrá tener otra amiga querida como Darma, no podrá tener un caballero para sí, y en fin, que era un acta de matrimonio, eso decía al final: matrimonio, y en ese momento apareció la encantadora Darma, ataviada con vestido de ninfa, de esos vaporosos como cortinas y en su cabeza joyas preciosas y florecillas naturales. Darma y su piel de mujer extranjera, por un momento me pregunté si de verdad hablábamos el mismo idioma.

Al final, en letras pequeñas: si quien ahora sostiene el acta decide no firmarla, será guillotinada por órdenes de los mandatarios, quienes jamás han

mostrado su reino a los mortales y por tanto, deben mantener el secreto de su naturaleza y ubicación. En breve, que firmé el acta y conocí con Darma la secreta naturaleza y ubicación del amor, en ese nuestro primer crepúsculo de sacramentos nupciales.

Los días y las noches transcurrieron en ese paraje de tres lunas, una grande, oscura, y dos pequeñas y rosadas. Darma y yo éramos tiernos esponsales. Pero cuando nos separábamos por alguna razón, unos metros apenas, una mesa acaso de por medio, yo sentía en la calidez de mi cuerpo a solas un palpitar hinchado y rojo y pensaba que la tibieza de Darma no me sería suficiente.

Ella lo sabía, por eso el Acta. No quise preguntar pero el cuervo, así como el día del examen me dictaba las respuestas, así me dictaba escenas del pasado, volando como quien no quiere la cosa, cerca de mi oído. Hubo la que huyó, decía y aleteaba y se iba, y no se le encontró, decía, aleteaba y se iba, mas el caballero del corcel, decía, planeaba y volvía, el caballero del corcel la hizo suya antes de matarla. El caballero del corcel. Mmmm, no está feo, pero no huele a nada- respondí. El cuervo sonrió. Estaban llenos de aire tus pulmones, me dijo, estabas llena de aire porque para llegar aquí tenías que dejar de juzgar, de recordar, y de olfatear.

Pero ahora ya podía conocer el mundo aromático del reino. Darma tenía un olor maravilloso, no patentado, de flores y de frutos en su punto, de jazmines y de kiwi. Darma caminaba hacia mí y yo no podía pensar en otra cosa que en rozar su piel y morderla y olfatearla.

Pero llegó el día. No sé por qué. Darma se aproximó y no sentí deseo alguno de besarla. Es el fin, dijo ella. Y sus ojos se tornaron navajosos. Y su piel se oscureció y también su voz. Por primera vez pensé en los míos, en mi casa y mi jardín, en mis aves, mis peces y mi pulpo. La noche se enroscó en medio de mi esposa y yo, pesadillas rondaron la habitación. Vi a mi pulpo nadar y nadar contra corriente, elevarse y esquiar, elevarse y volar, vi mi pulpo llegar al estanque convertido en una moza de tierna edad, de tez blanca y cabellera negra, de

complexión robusta, con ojos decididos a rescatarme.

De fondo una música de violines y voz mezzosoprano: ella sale del estanque, sirena a quien le han dado piernas que no duelen al dar el paso. Los soldados de Darma se preparan para la batalla. Darma dice no, yo lo haré sola. Y los verdes valles perdieron su color y en vez de aves y de bichos que se alejan, el bullicio del lugar se acrecentó hasta convertirse en ruido de coches y de gente, de suburbio y de revolución industrial. Mi vasallo, mi pulpo, la amazona de ojos insensibles dijo acabaré con ella. Y las dos mujeres lucharon a muerte en una calle donde había muchachos y muchachas todos como nosotras, todos de nuestra edad y con la misma ropa, todos rechazados y rechazadores de Darma. Esa era su fauna y por causa de la lucha se habían desencantado. Entonces la sangre. Darma. Mi mujer, mi primer amor, mi esposa. Y todos en algarabía. Iba a matarte, Nena, iba a matarte. O convertirte en bicho y aplastarte en uno de sus paseos dominicales.

Darma.

El caballero del corcel tomó ahí mismo a la joven amazona que recorrió los mares en mi ayuda, que abría las piernas y se sonrojaba mientras yo me aferraba a la piel de quien fuera mi primera y única, antes de ser arrebatada por la feliz pareja que ahora me enseña la ubicación del amor entre besos y caricias de las cuales jamás habré de cansarme.

Diatriba a mi rostro fragmentado en una bola de vidrios que estoy apunto de ahogar en la palma de mi mano

Yo no quería ser como mi padre. Sino como mi madre, una hippie intelectual de los sesenta; economista y socióloga (estudió ambas carreras al mismo tiempo); quién vivió en unión libre con canarios y loros volando por toda su casa; jefe de familia, pues mi padre no trabajaba. Yo también quería saber muchas cosas, leer muchos libros y fumar marihuana (sin secar mi cerebro, encontrando el equilibrio, como decía ella); tener varios amantes y conocer mi cuerpo; caminar desnuda por toda la casa; tomar el sol con mis hijos en el jardín y discutir las ideas de Marx por la noche, con el ruido de fondo de la máquina de escribir y la palabra “madera” en un pizarrón. Yo no quería ser como mi padre.

Él veía los libros con reticencia, como el indígena al blanco que llega hasta su tierra con papeles en la mano. Miraba a los otros hombres con reto y a las mujeres con ojos de árabe. No fumaba ese olor penetrante, se aislaba de las discusiones e inhalaba polvos blancos de los cuales más tarde aprendí el nombre. No dejaba que mi madre caminara desnuda por el jardín, ni que volaran aves por toda la casa. Poco a poco fui comprendiendo que las noches sin la máquina de escribir eran una pesadilla enjaulada. Que los gritos y los llantos no eran el sonido lejano de una telenovela. Yo no quería ser como mi padre. Aunque lo dije de niña alguna vez: el que gana es el que grita más fuerte, el que patea los muebles, ¿Verdad, mamá? Ella ahogó una mueca de llanto y aspiró nicotina (dejó de fumar cigarros apestosos cuando yo aprendí a decir “guato” y me escuchó la abuela…). No hija, no es así. Pero nunca me dijo cómo era.

Yo quería ser de los que ganaban, de los que triunfaban, de los que podían hacerlo todo. Algo en mi

cerebro registró que había que gritar más fuerte, patear los muebles, decir las cosas más hirientes y todos los obstáculos del camino se disolverían. Entonces llegaste tú, con tus ojos llenos de mariposas, de alas negras y amarillas, de sueños errantes y vida en común.

En esta vida o ganas o pierdes. Y si pierdes… Eres como mi madre ahora, remolino después, pantano donde la mujer se queda en una casa vacía, el hombre se va. Él tiene dinero, ella no; él manipula y amenaza; trata de estrangularla, una y otra vez, en esa pesadilla enjaulada que se llama recámara. Y en el silencio. Por eso tenía que ganar, ser mi madre aquella mujer joven e intelectual. Ser la mujer que tiene a otros para tenerte a ti, para no perderte; ser la mujer que tiene dinero aunque no le interese obtenerlo, aunque prefiera estar cerca de sus hijos a las tardes largas en la oficina. Porque no puede perder, no puede permitir que te conviertas en un hombre como su padre.

Quebrar la porcelana del pueblo en el que se descompuso el auto y tuvimos que pedir raite y dijiste como de broma cásate conmigo y escuché a mi boca decir sí y a mi corazón retumbar en el asiento de atrás. Dijimos que el santuario sería el estar juntos, no tenemos lugar, dijimos.

Hay algo en la rabia que no sabe de objetos, nombres ni personas. Es una necesidad imperiosa de clavar en otra cosa algo que duele y hay que sacar. Era necesario para mí - realmente necesario - arrojar el teléfono contra la pared. Mas tú de pronto frente a mi rabia. El teléfono en tu cabeza, viéndote a los ojos, sabiendo que eran tus ojos y no la pared, sabiendo que eran tus ojos, una y otra vez. ¿Por qué no me dejaste sola? Es la única manera de calmarme. Era la única manera en que mi padre volvía en sí, a solas.

Regresaba horas más tarde, después de amenazarnos a todos con que jamás volvería y que estrellaría el carro para morir y que nunca más lo volveríamos a ver. Entonces yo, la mayor, era presa de todas las miradas, mis hermanos harían lo que yo. Primero, llorar. Después, cuando dejé de creerle, encerrarme en mi cuarto o decir vengan, vamos a jugar.

Por último, retarlo, verlo a los ojos con una mirada que ya no era de niña. No pude articular un lárgate y déjanos en paz. Pero él sabía que lo tenía en la punta de la lengua: jamás se atrevió a tocarme. Mis hermanos, los tres, aprendieron a ver de esa forma y jamás fueron los débiles, los golpeados. Se convirtieron en unos rabiosos, como yo, con una ternura tan intensa como impredecible y con una maldición que ninguna receta médica nos quita de encima. Pero tú eres mujer, diría mi madre, la de ahora, la desconocida, la que esconde sus libros bajo la cama y me dice no fumes mi hijita se ve mal.

Perdóname, yo te amo (eso decía mi padre, una y otra vez, cuando volvía en la madrugada sin el estrelle prometido y mamá lo perdonaba). Pero no hubo respuesta, tu aleteo emigró hacia otro lugar, tus ojos se volvieron enjambre de otras mariposas, de esas que llaman nocturnas, palomillas gigantes. Tu mirada vibró ruidosa y tu voz dijo serena: hasta aquí. La porcelana que recojo pedazo a pedazo me dice que ya no habrá canarios y loros volando por el hogar de mi pasado. No sabré qué decir a nuestros hijos cuando regresen de la escuela. Iré a la oficina y tú estarás aquí para cuidarlos, lo sé. Llegará la noche y también sé que no vas a quedarte. Qué bien, por ti. Fue la condición cuando nos casamos. Yo lo dije bien claro: al primer golpe, el divorcio. Y dijimos sí y nos juramos un amor eterno, diferente. Hasta que la muerte de las mariposas nos separe.

Mi mano sangra.

La rabia… No va a acabarse nunca.

La visita

Frente a una ventana que por primera vez abre sus cortinas y me muestra su vista virgen llena de árboles maternos y bugambilias erectas, sorbiendo un té helado y escuchando de fondo el canal de televisa, entró caminando, a desbalance, La Palabra. . . (no confundir con la palabra de cierta religión, esta Palabra es non religious, non politikus, una palabra cualquiera del idioma cualquiera en el que usted esté leyendo este relato).

—¿Qué onda? —dijo como si nada.

—¿Qué onda? —contesté yo también como si nada, como si no hiciera un año que no se apareciera por mi casa.

La Palabra me vió con su sonrisa encaramada. La verdad es que ahora sí pensaba pasar un rato contigo, confesé, te siento naciendo en mi garganta… De esas palabras que terminan siendo prosa o poema pero que no se traducen exactamente como palpitan en la voz y en la vena aorta.

Caminó coqueta por mi recámara, sonrió condescendiente frente al televisor y lo apagó. Ya estoy aquí, dijo con voz de amante dispuesta y se recostó en la cama con la postura de una diva travestí. Ya sabes que me chocan las poses, dijo mi voz sin mi permiso. Ach, no cambias, dijo ella y no se movió, pero algo en su actitud le hizo ver como una niña despatarrada y resignada a escuchar un sermón. Esa era ella, le conozco, sin poses.

—Oye, Palabra, creo que eres imperfecta, que eres un dibujo inacabado, una voluta que no vuela, una maraña de papeles que se dispersa con el viento…

—Ya párale, ¿qué crees que soy sino un invento de los hombres? Por eso no puedes plasmarme como me sientes en la garganta. Soy La Palabra… La misma desde antes de ti… Una bola de estambre con el espíritu de un suéter. Jajaja. Así de simple, de non complicated. Ningún idioma ha permanecido igual por más de trescientos años y sin embargo tú, el humano, tienes el mismo adn, el mismo tamaño de cerebro, el mismo stock de ideas y

léxico atorado, desde hace diez mil años, siempre el mismo, el mismo, el mismo.

—¿Qué, las palabras no cambian.

—Las verdaderas no. Las que usan los de tu especie, en el habla, en los oficios, en las cartas y las canciones… Ésas sí, están cambiando siempre. En Holanda hay algunos que nos comprenden… Allí hacen diccionarios cada año; en España, en cambio, quieren que su castellano permanezca ceteris paribus, que el inglés no se entrometa, como decir no quiero que mis hijas caucásicas se casen con hombres árabes, negros o asiáticos, y claro que deben mezclarse, tal vez así encuentren La Palabra Exacta…

—¿Qué me dices si me atrevo a dibujarte? … ¿Posarías desnuda para mí?

—Empieza - dijo con voz cansada, reclinándose como La Maja —han sido tú y tantos otros. Disfrutarás dibujarme con las otras palabras, las inacabadas. Disfrutarás de tu obra de arte, claro. Y también de la frustración, después, cuando sepas que mi imagen, así como me has visto hoy en tu cama, no se puede reproducir. No existo en tu mundo. Ahí viven las otras, las impostoras. Pero estaré contigo, en todos los dibujos del habla humana, en el canto y en la poesía: en las flores del canto como decían tus otros tús hace quinientos años.

Y mientras escribía como taquígrafo lo que conversaba, su silueta se fue difuminando… Arrastró su sonrisa y por último esa mirada entre maligna y sabelotodo. Desaparecieron sus formas a través de las bugambilias, su paso a desbalance, la cadencia de pata de palo fantasmagórica. Sentí un aleteo de tambores en el pectoral, era ella, así se cuela por todas las células y carga de aire la cuenca de los ojos. Palabra, ven, quiero dibujarte. Y así van tantos años desde que iniciamos esta infame relación que no sé si es sado-masoquismo o ficción esquizoidal de esto que el humano llama de ser humano.

Diatribe to my fragmented face in a bunch of glass that I am about to stifle in the palm of my hand

I didn't want to be like my father. But like my mother, a 1960s intellectual hippie, an economist and a sociologist (she studied for both degrees at the same time), who cohabited, with canaries and parrots flying around her house; head of the family, because my father didn't have a job. I also wanted to know a lot of things, to read a lot of books and smoke marihuana (without drying out my brain, getting the balance right, as she used to say); to have several lovers and get to know my body; to walk naked around the house; to sunbathe with my children in the garden and discuss Marx at night, with the noisy soundtrack of the typewriter and the word "Madera" on a blackboard. I didn't want to be like my father.

Books he saw with suspicion, reticence, like an indigene would white people arriving in his land with papers in their hands. Other men he challenged with his eyes, and towards women he looked with lust. He didn't smoke that penetrating odor, he held back from the discussions and inhaled white powder whose name I learned later. He wouldn't let my mother walk naked in the garden, nor let the birds fly around the house. Little by little, I understood that the nights without the typewriter were a caged nightmare, that the shouting and the sobbing were not the far away sound of a soap opera. I didn't want to be like my father. Although, I said it once as a child: the one who shouts most wins, the one who kicks the furniture. Right, Mom? She stifled a sob and inhaled nicotine (she stop smoking smelly cigarettes when I learned how to say "joint" and grandma heard me). No my little one, it's not like that. But she never told me how it was.

I wanted to be the kind that wins, that succeeds, that can do everything. Something in my brain registered that shouting the loudest, kicking the furniture, saying the most hurtful things would dissolve

all the obstacles in the way. Then you arrived, with your eyes full of butterflies with yellow-black wings, with your eyes of traveler's dreams and of life together.

In this life you either win or lose. And, if you lose, you are like my mother now, whirlpool after, swamp where the woman is left behind in an empty house, the man leaves. He has the money, she doesn't; he manipulates and threatens, tries to strangle her, time and again, in that caged nightmare called bedroom. And in the silence. That is why I had to win, to be my mother, that distant intellectual young woman. To be the woman that has other men in order to possess you, in order not to lose you, to be the woman who has money even though she is not interested in earning it, even though she prefers to be near her children rather than spending long afternoons in the office. Because she cannot afford to lose, she cannot let you become a man like her father.

To shatter the fine porcelain of the town where the car broke down and we had to ask for a ride and you said, as if in jest, marry me and I heard my mouth say yes and my heart pound in the back seat. We said the sanctuary would be to be together, we don't have a place, we said.

There is something in the rage that doesn't know about objects, names or persons. It's a compelling need, stab that which hurts somewhere else, that must be removed. I needed to do it – I really needed to – to hurl the phone against the wall. But you, suddenly in front of my rage. The phone on your head, looking into your eyes, knowing they were your eyes and not the wall, knowing those were your eyes, time and again. Why didn't you leave me alone? That's the only way of calming me down. It was the only way my father would come around, alone.

He would return hours later, after threatening us, saying he would never ever return and that he would crash his car to die and that we would never see him again. So, I, the eldest, was trapped by all the eyes on me, my brothers would do what I would do. First, cry. Later, when I stopped believing him, I would lock myself in my room or say come on, let's play. Finally, to

challenge him, I would look him in the eye with a look that was no more that of a little girl. I couldn't articulate a go away and leave us in peace. But he knew I was about to say it, he never dared touch me. My brothers, the three of them, learned how to look that way and they were never the weak, the beaten ones. They became the enraged ones, like me, with tenderness as intense as unpredictable, and a curse that no medical prescription can cure. But you are a woman, my mother would say, the mother of now, the unknown one, the one who hides her books under her bed and says don't smoke, my little one, it looks so bad.

Forgive me, I love you (my father would say, time and again, when he came back at dawn, without the promised crash and Mom would forgive him). But there was no answer, your fluttering emigrated elsewhere, your eyes became a swarm of other butterflies, the ones called nocturnal, giant moths. Your eyes vibrated noisily and your serene voice said: thus far. The fine porcelain I pick up, shard by shard, says that there will be no canaries and parrots flying in the home of my past. I won't know what to say to our children when they come back from school. I'll go to the office and you will be here to take care of them, I know. Night will fall and I also know you will not stay. How good for you. That was the condition, when we got married. I said it very clearly: the first blow, divorce. And we said yes and we swore an eternal love, a different love. Till the death of the butterflies do us part.

My hand bleeds.

The rage… is never going to end, ever.

当我即将把水晶球攥入手心时，它却映出了我那张扭曲的脸

我不希望像我的父亲那样，我希望像我的母亲，她是一个受过良好教育的70年代嬉皮士；是位经济学家和社会学家（当年她同时修完这两个专业）；她与一群金丝雀和鹦鹉同住，它们在家里到处自由翻飞；她还是我们家的领导，因为我的父亲没有工作。我也想知晓天下事，博览天下书，还捎带吸点大麻（当然，不是为了榨干我的头脑，而是为了求得平衡，我母亲是这么说的）。除此之外，我还想有几个情人，完全地认识我自己的机体，光着身子在家里走来走去，和我的孩子们一起在花园晒太阳，晚上可以聊聊马克思的思想，背景音则是打字机的噼啪声和黑板上的单词“木头”。我可不想像我的父亲那样。

他对书籍有排斥心理，就像当年的土著人见到白人拿着文契来到他们的家园一样。他看其他男性的眼光总是充满挑衅，而看女性的眼光总是色迷迷的。他从来不吸那种有冲鼻气味的东西，他也不爱掺合各种论争，却喜欢躲到一边吸食白色的粉末，我是直到后来才知道那粉末的名字的。他不允许母亲光着身子在花园里走动，更不允许鸟儿在屋子里飞来飞去。逐渐地我意识到，没有打字机陪伴的夜晚简直就是笼中噩梦，而那些呼喊和哭泣声并非从电视连续剧中传来。我可不想像我的父亲那样！虽然我小时候有一次问过：会哭的孩子有奶吃，对吧妈妈？她扮了个苦脸，吸一口烟（自从我学会了说“guato”并被外婆听见以后，她就不再吸臭臭的大麻了），说：不，乖女儿，不是这样的。但到底是什么样的，她从来没告诉过我。

他对书籍有排斥心理，就像当年的土著人见到白人拿着文契来到他们的家园一样。他看其他男性的眼光总是充满挑衅，而看女性的眼光总是色迷迷的。他从来不吸那种有冲鼻气味的东西，他也不爱掺合各种论争，却喜欢躲到一边吸食白色的粉末，我是直到后来才知道那粉末的名字的。他不允许母亲光着身子在花园里走动，更不允许鸟儿在屋子里飞来飞去。逐渐地我意识到，没有打字机陪伴的夜晚简直就是笼中噩梦，而那些呼喊和哭泣声并非从电视连续剧中传来。我可不想像我的父亲那样！虽然我小时候有一次问过：会哭的孩子有奶吃，对吧妈妈？她扮了个苦脸，吸一口烟（自从我学会了说“guato”并被外婆听见以后，她就不再吸臭臭的大麻了），说：不，乖女儿，不是这样的。但到底是什么样的，她从来没告诉过我。

我想成为那个总是赢的人，总是获胜的人，无所不能的人。我的脑子里总有个声音在响，你要叫得更大声，用力去踢家具，说

最最伤人的话，于是前进道路上的一切障碍都会烟消云散。这样你就能达成目标，满眼都是黑翅和黄翼的蝴蝶飞舞，梦境游移，生活如常。

这就是生活，赢家通吃，或一无所有。如果输了，就会像我母亲现在的样子，什么都是一团糟，生活困顿，独守空房，而男人却走了。男人有钱，而女人没有。男人掌控一切，颐指气使，还一次又一次地在那个如同囚笼噩梦般的家里试图掐死她。这一切甚至都无人知晓。所以我要赢，要做我母亲年轻而富才学时的她。做一个被人需要，不可或缺的女人。做一个有钱的女人，尽管你并不在意钱，尽管你喜欢呆在孩子们身边远胜过在办公室度过漫长的下午。因为她不能输，不能容许你变成一个像她父亲一样的人。

你像开玩笑一样说要跟我结婚，我的嘴上说着好的，但心里却是在退缩。我们都说，教堂里可能不一定有我们的位子。

有时候暴怒这东西是没对象，没来由，没名目的。这种感觉来临时的迫切就像是钉子钉入另一件物体，急于要把它拔出来一样。于是对我而言，我感觉很需要，迫切需要，把电话机往墙上扔过去。而你适时地出现在暴怒的我面前。于是电话机砸在你的头上，我看着你的眼睛，确信这是你的眼睛而不是墙，再确认一边，确实是你的眼睛。你为什么不让我一个人呆一会儿？这是唯一使我平静下来的方法。这唯一的方法是我的父亲回到这个孤儿寡女的家里。

几个小时后他回来了，在对所有人威胁说他再也不会回来，他会自爆汽车而死，我们将再也无法见到他云云之后。于是，我作为家里最大的孩子，成了众人瞩目的对象。弟弟妹妹们都等着仿效我的做法呢。第一，当然是哭。然后，当我不再相信他这套把戏之后，就把自己锁在房间里，或者说，来吧，我们看谁玩得过谁！最后一招，就是直接挑战他，用一种已不再是小女孩的眼光盯着他。但我没法说叫他滚出去或者别来招惹我们之类的话。但他知道其实这也已是话到嘴边，他还从没胆敢碰过我一根手指头。我的三个弟弟妹妹们也看样学样，他们也从来不是好欺负的。事实上，他们也非常暴躁易怒，就像我一样。但其实他们都是内心柔弱的，不幸的孩子们，并没有什么神药能够解救他们脱离这种生活。但我的母亲，我的现在已显得陌生的，会把书偷偷藏在床下的母亲，对我说，你是女人，我的女儿，你不应该吸烟，这不好看。

原谅我吧，我是爱你的。（每次我父亲大清早灰溜溜地回来时总是这么说，而母亲也总是会原谅他）。但没有回应，你的心早已不在这里了，你的眼睛总是围着狂蜂浪蝶（指其他女人）打转，这些蜂蝶就像一些巨大的蛹，黑夜里便四处飞出来。你的目光于是活泛起来，你的声音在响起：到这儿来吧。而曾经满屋翻飞的金丝雀和夜莺都早已不在。我不知道当孩子们从学校回来时该跟他们说什么。我去公司上班，你在家里照看他们。我知道到了晚上你也不

会留在家里。这样多好，对你而言。我们结婚时就是这样子了。我曾经说得很清楚，有一次，就离婚。当时我们都认同这一点，还海誓山盟的，以为我们的爱情与众不同呢。蝴蝶死了，我们也就分开了。

我的手在流血。

而那种怨愤，无休无止。

The Visit

In front of a window that, for the first time, open its curtains and reveals to me her virgin scenery full of maternal trees and planted bougainvillea, sipping a chicken soup and listening the Televisa channel, came in walking, unbalanced, The Word… (do not confuse it with the word of certain religion, this word is non religious, non political, it is any word of the any language in which you are reading this short story).

—What's up? —she said nonchalantly.

—What's up? —I answered, also nonchalantly, as if it hadn't been a year since she'd last appeared in my house.

The Word saw me with her smile on top. The truth is that I was just thinking of spending some time with you, I confessed, I feel you being born in my throat… One of those words that ends up being a piece of prose or a poem but are not translated precisely as they resonate in the voice and in the aorta vein.

She walked coquettishly around my room, she smiled condescendingly in front of the TV and turned it off. I am finally here, she said in the voice of an eager lover, as she lay down on the bed, posing like a transvestite diva. You know I hate poses, said my voice without my permission. Ach, you haven't changed, she said and though she didn't move, there was something about her that made her look like a sprawled out little girl about to hear a lecture. That was her, I know her, without poses.

—Hey, Word, I think you're imperfect, you're an incomplete drawing, a volute which doesn't fly, a sheaf of papers dispersed by the wind…

—All right stop it, What do you think I am if not a human invention? That's why you can't capture me as you feel me in your throat. I am The Word… The same since before you… a ball of wool with the soul of a sweater. Hahaha. So simple, so non complicated. No language has been the same for more than three hundred years and yet you, the human being, you've had

the same DNA, the same brain size, the same stock of ideas and the same lexicon for ten thousand years, always the same, the same, the same…

—What? Words don't change?

—Not the true ones, no. The ones used by those of your species, in speech, in labour, in the letter and the songs… Those, yes, those words are always changing. In Holland there are some who understand us… There they make dictionaries every year. In Spain, on the other hand, they want their Castillian to remain ceteris paribus, to keep English out, which is like saying I don't want my Causcasian daughters to marry an Arab, a black man or an Asian, and, of course they should mix, maybe then they would find The Exact Word.

—What would you say if I dared to draw you?... Would you pose naked for me?

—Begin —she said in a tired voice, lying down as La Maja —it's been you and so many others. You'll enjoying drawing me with the other words, the unfinished ones. You'll enjoy your piece of art, of course. And also the frustration, later, when you learn that my image, as you have seen it today in your bed, cannot be reproduced. I do not exist in your world. The others live there, the impostors. But I will be with you in all the drawings of human speech, in the songs and in poetry: in the song flowers, as the other yous used to call it over five hundred years ago.

And as I wrote as a short hand typist what she said, her silhouette began to disappear… She drew out her smile and at last that look between evil and know-it-all. The shapes disappeared through the bougainvilleas, her unsteady step, the cadence of the phantasmagoric wooden leg. I felt a fluttering of drums in the pectoral, it was her, that's how she filters through all the cells and charges of air, the socket of the eyes. Word, come, I want to draw you. And so many years have passed like this since we initiated this infamous relationship that I do not know if it is sado-masochism of schizoid fiction of what humans call of being human.

La Visite

Devant une fenêtre qui pour la première fois ouvre ses rideaux et me montre une vue vierge remplie d'arbres maternels et de bougainvillées dressées, aspirant un thé glacé en écoutant à fond la télé, - entra à pied, en déséquilibre, Le Mot… (ne pas confondre avec le mot d'une certaine religion, ce Mot est non religious, non politikus, un mot quelconque de la langue quelconque dans laquelle vous lisiez ce récit.)

—«Ça va?» dit-il comme si de rien n'était.

—«Ça va» répondis-je, moi aussi, comme si de rien n'était, comme si cela ne faisait pas un an qu'il n'était pas apparu dans ma demeure.

Le Mot me regarda avec son sourire bien accroché. À vrai dire, si je pensais à présent passer un moment avec toi, avouai-je, je te sens naître dans ma gorge… De ces mots qui finissent prose ou poème mais qui ne se traduisent pas exactement comme ils palpitent dans la voix et dans l'aorte.

Coquet, il marcha dans ma chambre, sourit avec condescendance devant le téléviseur, puis l'éteignit. Maintenant je suis ici, dit-il avec une voix d'amante disposée, puis il s'allongea sur le lit dans la pose d'une diva travestie. Maintenant tu le sais, les poses m'énervent, dit ma voix sans ma permission. Ach! Tu ne changes pas, dit-il sans bouger, mais quelque chose dans sa manière d'être le fit ouvrir tout grands les yeux comme une fillette étonnée et résignée à écouter un sermon. Voilà, c'était lui, sans poses.

—«Écoute, Le Mot, je te crois imparfait, une toile inachevée, une volute qui ne s'envole pas, un enchevêtrement de papiers que le vent disperse…»

—«Minute! Qu'est-ce que tu crois que je suis si ce n'est une invention des hommes? C'est pourquoi tu ne peux me représenter de la même manière que tu me sens dans ta gorge. Je Suis Le Mot… Le même bien avant que tu ne sois… Une pelote de laine avec l'esprit d'un pull-over. Hahaha. Quelque chose de simple, de non complicated. Aucune langue n'a permis rien de tel

depuis plus de trois cents ans et, pourtant, toi, l'humain, tu as le même ADN, ton cerveau a la même taille, le même stock d'idées et le même lexique depuis dix-mille ans, toujours pareil, pareil, pareil.»

—«Mais quoi! Les mots ne changent pas?»

—«Les vrais, non. Ceux qu'utilisent ceux de ton espèce, dans le parler de tous les jours, dans les métiers, les lettres et les chansons… Ceux-ci, en effet, ne cessent de changer. En Hollande, il y en a que nous comprenons… Là-bas, on fait des dictionnaires tous les ans; en Espagne, en revanche, on veut que l'espagnol demeure ceteris paribus, qu'il ne se mâtine pas d'anglais, c'est comme ne pas vouloir que mes filles, pures caucasiennes, se marient avec des Arabes, des Nègres ou des Asiatiques, mais bon, il est évident qu'on doit se mélanger, ainsi on rencontrera, peut-être, Le Mot Précis…»

—«Tu me dirais quoi si j'osais te peindre…? Tu poserais nu pour moi?»

—«Commence, - dit-il la voix fatiguée, s'appuyant comme La Maja, - toi et tant d'autres. Tu prendras plaisir à me peindre avec les autres mots, les inachevés. Bien entendu, tu jouiras de ton art. Et après de la frustration, aussi, quand tu sauras que mon image, comme tu me vois aujourd'hui, ne peut se reproduire. Je n'existe pas dans ton monde. Ici, vivent les imposteurs. Mais je serai avec toi, dans toutes les peintures de la parole humaine, dans le chant, et la poésie : dans les fleurs du chant comme l'affirmaient tes autres toi il y a plus de cinq cents ans.»

Et pendant que je prenais note de ce qu'il racontait, telle une sténographe, sa silhouette s'estompa… Il traîna son sourire et, enfin, ce regard entre malice et madame je-sais-tout. Ses formes disparurent à travers les bougainvillées, son pas en déséquilibre, la cadence de jambe de bois fantasmagorique. Je sentis le battement de tambours dans la poitrine; c'était lui. Ainsi, il s'infiltre dans toutes les cellules, l'orbite des yeux se gonfle d'air. Viens, Le Mot, je veux te peindre. Et ainsi, cela fait des années depuis que nous avons commencé cette relation dont je

ne sais si elle relève du sado-masochisme ou d’une fiction schizoïde, ce que l’on appelle : l’être humain.

Geschichten zu verkaufen

Geschichten zu verkaufen: ☎ 344 54 23

Ein Schriftsteller kreist das Inserat mit dem Rotstift ein (nicht sehr originell, das sieht ihm ähnlich). Seine Zeitung riecht unangenehm, wie immer, er hält sie so weit wie möglich von sich ab und wählt die Nummer. Eine Stimme vom Band zählt auf, was zur Wahl steht:

1) Familiengeschichten
2) Erotische Geschichten
3) Bürogeschichten
4) Gruselgeschichten
5) Liebesgeschichten
6) Historische Geschichten
7) Geschichten über Geschichten
8) Geschichten ohne spezifisches Thema

Die Stimme vom Band erklärt ihm, er müsse, um die Geschichte seiner Wahl hören zu können, die Nummer seiner Kreditkarte und seinen Familiennamen eintippen, dann die Raute drücken und zum Schluss die Nummer der von ihm gewählten Kategorie. Alle angebotenen Geschichten seien sorgfältig redigiert und mit einer eigens erstellten, umfangreichen Bibliographie verglichen worden, in allen lebenden und toten Sprachen unseres Planeten, ein Plagiat sei daher ausgeschlossen. Daraufhin drückt der Schriftsteller die Nummer acht und schreibt rasch die Geschichte auf, die ihm vom Anrufbeantworter erzählt wird.

Die Stimme legt Pausen ein, als wüsste sie, dass sich ihr Zuhörer Notizen macht. Die gesprochene Prosa ist einfach und direkt. Doch nach entsprechender Ausschmückung durch den Schriftsteller wird die Geschichte als Buch auf den Markt kommen und riesige Dividenden abwerfen. Nachdem dies geschehen ist, beschließt er, noch einmal bei der Agentur anzurufen. Dieses Mal wählt er die Kategorie Nummer vier. Und wieder ist aufgrund der gelungenen Handlung mit einem Verkaufserfolg zu rechnen. Sein Verlag bietet ihm eine

Gewinnbeteiligung an und so entschließt er sich zu einer dritten Geschichte, dieses Mal aus der Kategorie Nummer sieben.

Diesmal überzeugt ihn die Geschichte nicht, vor allem nicht der Schluss, den er gewählt hat, und so verliert er die Geduld und legt auf. Er beschließt, sie nicht weiterzuschreiben, da er befürchtet, der Verlag könne ihm auf die Schliche kommen: die Geschichte handelt nämlich von einem, der per Telefon Geschichten kauft. Ein wenig verunsichert liest der Mann das Inserat gründlich durch, aberda ist nichts, keine Nummer für Beschwerden, keine Adresse und kein Name, an den man sich wenden könnte.

Entschlossen, demjenigen die Stirn zu bieten, der offenbar versucht, ihn auf den Arm zu nehmen, lässt er in derselben Zeitung ein anonymes Inserat schalten: „Ich bin nicht Schriftsteller, sondern Geschichtenkäufer. Wenn Sie Geschichten zu verkaufen haben, dann setzen Sie sich bitte mit mir in Verbindung. Sie müssen mir allerdings garantieren, dass sie in keiner lebenden oder toten Sprache unseres Planeten jemals verwendet worden sind. Ich handle weder über Fax noch über Telefon oder Intternette. (Letzeres, weil er sich nicht damit auskennt, ja offenbar nicht einmal weiß, wie man es schreibt). Ich zahle das Doppelte von dem, was von anderen einschlägigen Agenturen gezahlt wird.“ Am nächsten Tag erhält er als Antwort ein Inserat in derselben Rubrik: „Werter Geschichtenkäufer. Ich bin auch nicht Schriftsteller, nur Geschichtenverkäufer. Ich erwarte Sie am 25. Jänner um 15 Uhr beim Kiosk des Suigetsu-Parks“, worauf unser verunsicherter Schriftsteller mit folgendem Inserat antwortet: „Werter Geschichtenverkäufer, ich erwarte Sie am 25. Jänner am angegebenen Ort und zur genannten Zeit.“

☎ 344 54 23...

Sie können wählen:

1) Familiengeschichten
2) Erotische Geschichten

3) Bürogeschichten
4) Gruselgeschichten
5) Liebesgeschichten
6) Historische Geschichten
7) Geschichten über Geschichten
8) Geschichten ohne spezifisches Thema

Um eine dieser Geschichten hören zu können, tippen Sie bitte die Nummer ihrer Kreditkarte und ihren Familiennamen ein, dann drücken Sie die Raute und zum Schluss die Nummer der gewünschten Kategorie. Die Geschichte beginnt nach zwei Minuten, da vorher noch Ihre Kreditkartennummer überprüft werden muss. Wir garantieren Ihnen eine originelle, noch nie geschriebene Geschichte, denn jede wird, gleich nachdem sie gewählt worden ist, aus unserem Katalog gelöscht. Alle darin enthaltenen Geschichten sind sorgfältig redigiert und mit einer eigens erstellten, umfangreichen Bibliographie verglichen worden, in allen lebenden und toten Sprachen unseres Planeten, ein Plagiat ist daher ausgeschlossen. Für den Ausgang der Geschichte ist ein zusätzlicher Betrag erforderlich, und Sie müssen sich für eine der folgenden Nummern entscheiden:

1) geschlossenes Ende
2) offenes Ende

Haben Sie die Nummer eins gewählt, dann drücken Sie bitte die Nummer einer der folgenden Unterkategorien:

1) glückliches Ende
2) tragisches Ende
3) zyklisches Ende
4) unbestimmtes Ende

Haben Sie die Nummer zwei gewählt, dann legen Sie bitte nicht auf.
Bitte legen Sie nicht auf...
Bitte legen Sie...
Bitte...

Histories a vendere

HISTOIRES À VENDRE : ☎ 34-45-43-23

Un écrivain entoura l'annonce d'un feutre rouge (rien d'original à cela, il est comme ça). Son journal sent aussi mauvais que d'habitude. Il l'en éloigne le plus possible et compose le numéro. Un enregistrement lui dit qu'il peut choisir entre :

histoires de famille
histoires érotiques
histoires au bureau
histoires de mort et de fantômes
histoires d'amour
histoires historiques
histoires sur histoires
histoires sur des thèmes inqualifiables

L'enregistrement lui explique que pour écouter le genre de récit de sa prédilection, il doit fournir le numéro de sa carte bleue et son nom de famille. Puis, il doit marquer dièse et enfin le numéro de l'histoire de son choix. Toutes les histoires proposées ont été soigneusement revues et comparées avec l'ample bibliographie existante, dans toutes les langues vivantes et mortes de la planète. Par conséquent, il n'est pas possible que l'on puisse vous accuser de plagiat. Alors, l'écrivain compose le numéro 8, et écrit rapidement l'histoire que lui raconte l'enregistrement.

La voix fait des pauses comme si elle savait que la personne qui écoute est effectivement en train de prendre des notes. Aussi bien la phonétique que la prose sont plates et directes. Une fois ornée avec le langage de l'écrivain, l'histoire sera mise en vente dans un livre qui lui procurera de formidables dividendes.

Après avoir terminé, il décide de rappeler l'agence téléphonique. Cette fois-ci, il choisit l'annonce numéro quatre. À nouveau, le succès de la trame lui fait miroiter les plus grandes primes. Sa maison d'édition offre une augmentation sur le nombre de commandes ; c'est

comme ça qu’il se décide pour une troisième histoire, cette fois-ci, la numéro sept.

Mais l’histoire ne le satisfait pas, surtout la fin qu’il a sélectionnée. Cela lui fait perdre patience et il raccroche. Il décide de ne pas l’écrire, surtout parce qu’elle le trahirait aux yeux de sa maison d’édition. L’histoire parle, justement, d’un individu qui achète des histoires par téléphone. Irrité, l’homme regarde à nouveau l’annonce et rien. Il n’y a pas de numéro de réclamations, pas d’adresse ni de nom à qui s’adresser.

Résolu à affronter qui que ce soit qui essaie de se moquer de lui, il publie dans ce même journal à la rubrique des petites-annonces : « Je ne suis pas écrivain, je suis acheteur d’histoires. Si vous avez des histoires à vendre, veuillez me contacter. Vous devez m’assurer qu’elles n’aient pas été utilisées dans n’importe quelle langue vivante ou morte de la planète. Je ne fais pas de transactions par fax ni par téléphone ni par intternett – cette dernière parce qu’il ne sait pas l’utiliser ni n'a aucune idée de comment ça s’écrit. Je payerai le double de que l’on paie dans les agences du même type ». Le lendemain, il reçoit comme réponse une annonce dans la même rubrique : « Monsieur l’Acheteur d’histoires, moi non plus je ne suis pas écrivain. Moi, je ne vends que des histoires. Je vous attends le 25 janvier à 15h00 dans le kiosque du parc Suigetsu. » . Ce à quoi notre individu fort irrité publie : « Monsieur le Vendeur d’histoires, je vous attendrai sur le lieu et à l’heure indiqués ce 25 janvier. »

☎ 34-45-43-23

Vous pouvez choisir :

histoires de famille
histoires érotiques
histoires au bureau
histoires de mort et de fantômes
histoires d’amour
histoires historiques
histoires sur histoires

histoires sur des thèmes inqualifiables

Pour écouter l'une de ces histoires, vous devez d'abord composer le numéro de votre carte bleue, puis appuyer sur dièse et enfin sur le numéro du genre d'histoire de votre choix. L'histoire prendra deux minutes pour démarrer puisque l'on vérifie d'abord votre carte bleue. Vous pouvez compter sur une histoire originale et jamais écrite auparavant puisqu'une fois sélectionnée elle sera automatiquement effacée de notre catalogue. Toutes les histoires inclues dans ce répertoire ont été soigneusement revues et comparées avec l'ample bibliographie déjà existante, dans toutes les langues vivantes et mortes de la planète. Par conséquent, il n'est pas possible que l'on puisse vous accuser de plagiat. Le dénouement, par contre, requiert un coût additionnel et vous devez choisir un seul numéro parmi les suivants :

fin fermée
fin ouverte

Si vous avez choisi la fin numéro « un » veuillez composer un numéro du répertoire suivant :

fin heureuse
fin tragique
fin circulaire
fin non identifiée

Si vous avez choisi la fin numéro « deux », veuillez patienter en ligne.
Veuillez patienter en ligne…
Veuillez patienter…
Veuillez …

故事出售

故事出售：☎ 34-45-43-23

一个作家用红笔将广告圈下（很普通的做法，如同他的人一样平凡）。他的报纸一如往常地散发难闻的气味。他将报纸拿在手能触及的最远处并拨通号码。一段录音提示他从以下做选择：

1. 关于家庭的故事
2. 情欲故事
3. 办公室的故事
4. 关于死亡和灵异的故事
5. 爱情故事
6. 历史故事
7. 关于故事的故事
8. 无法分类的故事

录音解释若希望听他选择的故事，他必须先拨入信用卡号码和自己的第一个姓，以星号键结束，再最后按下希望听取的故事种类编码。所有提供的故事都经过细心检查并在这个星球上所有存在或不复存在的语言中、与过往的庞大资料库做过严格筛选。如此一来，对您便不存在剽窃复制的风险。作家于是按下8号键，并迅速抄写起语音陈述的故事。

陈述的声音仿佛知道听众在抄写似地偶尔停歇。直接的叙述单调无起伏。一旦经过作家华丽的词汇点缀并于一本书中问世后，它将为作家带来为数不少的利益。于是作家决定再次拨打那组号码。这次，他选择的是4号选项。再一次地，故事的成功将他推向了更高的处地。作家的出版社决定提高价码为他下一次的作品出版，而因此他下了第三个故事的决意，这次为编号7的故事。

但是这个故事无法满足作家，尤其是作家选择的结尾更是无聊到让他耐心全失地提前挂断了电话。他决定不完成这部作品，尤其它可能向出版社揭发自己的作为。这个故事的内容正是关于一个透过电话购买故事的人。愠怒地，这个男人重新翻阅报纸上的广告，但什么都找不到。上面既没有提供投诉的电话，甚至连一个联系人的名字都没有。

决心正面与这自以为幽默的找茬者对峙，他在同一家报纸上的广告栏目刊登了以下讯息："我不是一名作家，我是一个买故事的。若有人有故事可以贩卖，请与我联系。故事必须保证不曾出现在这个星球上任何存在或不复存在的语言中。恕不透过传真、电话或往陆交易（这最后一项显示他不仅不会使用网路，连怎么写都搞不清楚）。我愿意支付其它买家出的双倍金额。"隔天他在广告栏里得到了如下回复："买故事的先生。我也不是一名作家。我只是

一个卖故事的。我在一月二十五日的下午三点钟，在水月公园的小贩前等您。”而我们躁郁的个体对这个告示则如是刊登：“买故事的先生。我一月二十五日将在您指示的时间地点盼候。”

☎ 34-45-43-23……

您可以选择：

1. 关于家庭的故事
2. 情欲故事
3. 办公室的故事
4. 关于死亡和灵异的故事
5. 爱情故事
6. 历史故事
7. 关于故事的故事
8. 无法分类的故事

若决定听取其中任何一个故事，您必须先拨入信用卡号码和自己的第一个姓，以星号键结束，再最后按下希望听取的故事种类编码。故事将在两分钟后开始陈述，这段耗时是为确认您的信用卡信息无误。您可以放心故事的原创性，因所有提供的故事都经过细心检查并在这个星球上所有存在或不复存在的语言中、与过往的庞大资料库做过严格筛选。如此一来，对您便不存在剽窃复制的风险。若希望得到故事的结尾，则必须支付一笔额外费用，并从下列两个选项中选取一项：

1. 封闭式结尾
2. 开放式结尾

若您选择的是“一”，请再次按键从以下做选择：

1. 喜剧结尾
2. 悲剧结尾
3. 循环性结尾
4. 无法定义的结尾

若您选择了“二”，请在线稍候。

请在线稍候……

请在线……

请……

Créditos

Cuentráficos Deluxe
©Cristina Rascón.
Traducción de los textos al inglés:
©Amal Chatterjee y ©Cristina Rascón.
Traducción de los textos al chino:
©Amanda Blazquez Hsu.
Traducción de los textos al francés:
©Jean-Pierre Pelletier y ©Sonia Ferreira.
Traducción del texto al alemán:
©Eva Srna.
Primera edición impresa:
Programa Editorial de Sonora 2006.
Primera edición digital:
IBEROAMÉRICA EBOOKS, marzo 2016.
www.iberoamericaebooks.com
Edición: Israel Pintor.

Ilustración de cubierta: Cuco Rubio.
"El cuco es un animal que ocupa los nidos de otros para poner sus huevos y que sean esos otros de una especie diferente los que críen a sus hijos. Así, este artista, que utiliza su nombre, ha elegido el camino difícil de abrirse el hueco en el nido del arte, colado como por sorpresa, llenando los lugares donde expone de una mezcla de color, melancolía, pop y brutalidad que de ninguna manera puede dejar indiferente. Su obra es independiente, impulsiva y usa el descuido fingido como pretexto para ir abriendo poco a poco las alas para abrir su espacio, que no entiende las reglas de los demás." María Zaragoza, Madrid, septiembre de 2012.

Distribución: IBEROAMÉRICA EBOOKS.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro y otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso

previo y por escrito del titular del copyright.
ISBN: 9788494439346

Biografía

Sonora, México (1976). Escritora, economista y traductora literaria.

Cristina recorre distintas geografías literarias a través de su ficción, ya que ha vivido en México, Japón, Austria, Brasil, China, Canadá, Argentina y otros países, lugares desde donde nace su ficción. Rascón es autora de los libros de cuento En voz alta, Hanami, El agua está helada, Cuentráficos y Puede que un sahuaro seas tú; del libro de minificción El sonido de las hojas, así como del libro de divulgación Para entender la economía del arte. Tradujo del japonés los libros Sin conocer el mundo y Dos mil millones de años luz de soledad, del poeta Shuntaro Tanikawa, así como el poemario Agend´Ars de Keijiro Suga; del inglés tradujo el libro 1000 poemas

japoneses básicos, de Robert Filliou. Para prensa y antologías en Iberoamérica ha traducido del japonés poemas y haikus de Ishigakirin, Mitsuo Aida, Tawara Machi, Shiki, Basho y Akutagawa. Cristina recibió el Premio Latinoamericano Benemérito de América, el Premio Regional de Literatura del Noroeste y el Premio Libro Sonorense, entre otros reconocimientos de poesía, cuento y microrrelato a nivel nacional e internacional. Invitada por fundaciones de China, Canadá y Brasil a residencias de escritura creativa y traducción literaria, sus cuentos, poemas y haiku han sido traducidos y antologados en una decena de idiomas. Licenciada en Economía por el Tec de Monterrey-Campus Monterrey y Maestra en Política Pública por la Universidad de Osaka (Japón), obtuvo un posgrado en Economía en la misma universidad y un diplomado en Estudios Asiáticos en la Universidad de Kansai Gaidai (Japón). Por varios años fue consultora para las Naciones Unidas en Viena, Austria, donde coordinó el Taller Literario de la Embajada de México. En el sur de Sonora creó y coordinó el Primer Certamen Literario de Cajeme Jiosiata Nooki, de carácter bilingüe (español y yaqui), como un proyecto de desarrollo en base a la creatividad y diversidad cultural, integrando a los escritores indígenas de su región. Desde 2004 imparte los cursos Haiku y otros géneros breves de poesía japonesa, De qué hablamos cuando hablamos de Haruki Murakami, así como talleres de escritura creativa en la Universidad del Claustro de Sor Juana, la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM) y la Fundación para las Letras mexicanas (FLM), así como sedes del Instituto Cervantes, universidades e instancias culturales en una decena de países. Ha recibido becas y apoyos por parte del Instituto Sonorense de Cultura, el Fondo Nacional para la cultura y las Artes, el Programa de Fomento de Traducción literaria y fundaciones internacionales. En 2011 ingresa en México al Sistema Nacional de Creadores de Arte.

www.cristinarascon.com.mx
Facebook: Cristina Rascón-Escritora

Twitter:@Crisapple76